

OLIPHOTH

inueni re huius uis ui ros uincros perducere ierusa

Ubat igitur saulus furia inuicta in pectore uir

bat ut ubi cū R Jbat igitur

rūmque toto pectore uir

nem sine intermissio sic

uidei insana ferebatur ut non

Saule saule quid me persequeris

quem tu persequeris durum est tibi contra sta

Luis Bermejo

Manuel Díez Roman

Javier Ludena

Juan Manuel Santiago

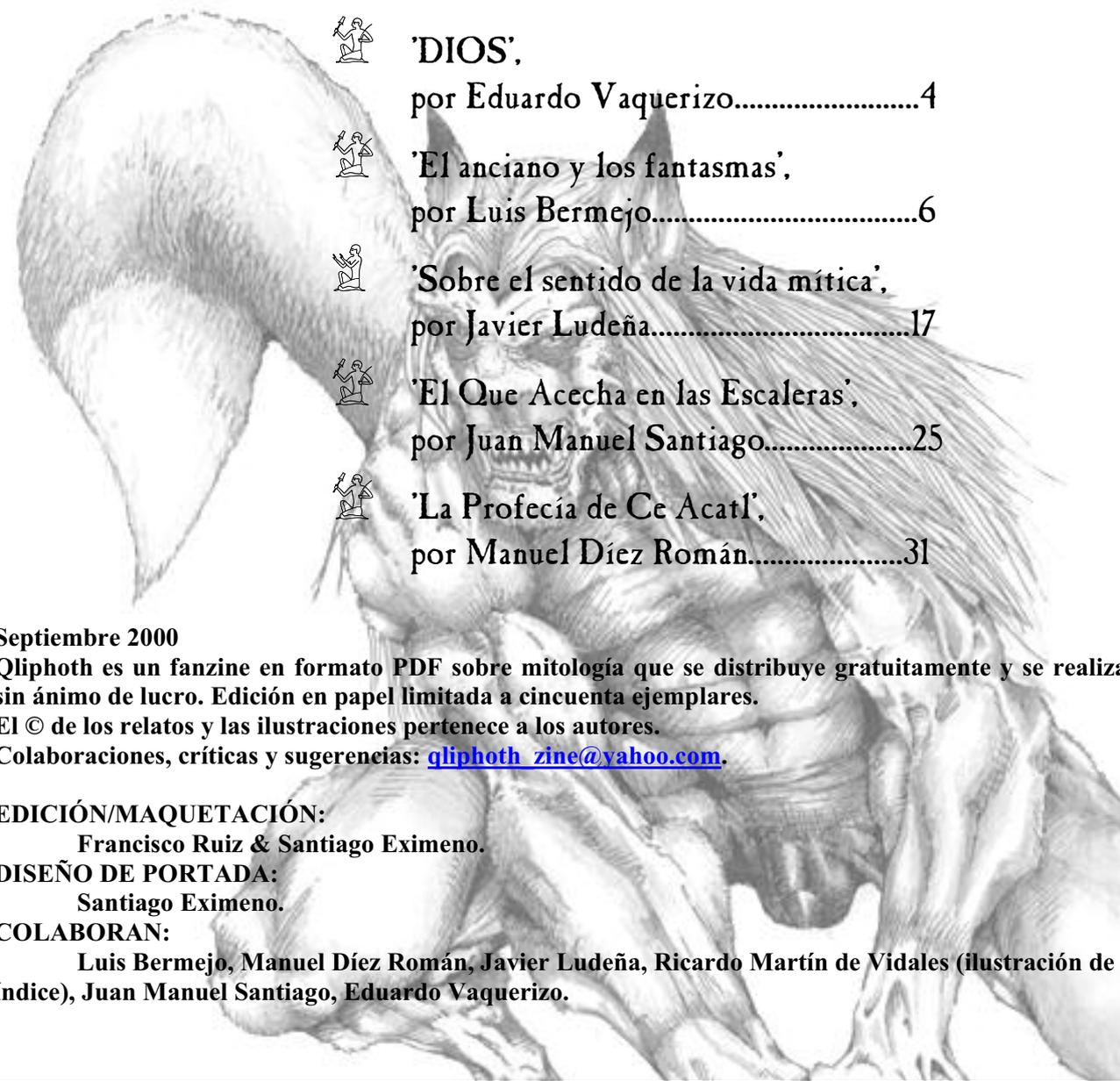
Eduardo Vaquerizo



O

autem cū illis in terram apertisq; oculis nichil uideb

ÍNDICE



	Editorial.....	3
	'DIOS', por Eduardo Vaquerizo.....	4
	'El anciano y los fantasmas', por Luis Bermejo.....	6
	'Sobre el sentido de la vida mítica', por Javier Ludeña.....	17
	'El Que Acecha en las Escaleras', por Juan Manuel Santiago.....	25
	'La Profecía de Ce Acatl', por Manuel Díez Román.....	31

Septiembre 2000

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro. Edición en papel limitada a cincuenta ejemplares.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Colaboraciones, críticas y sugerencias: qliphoth_zine@yahoo.com.

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Santiago Eximeno.

COLABORAN:

Luis Bermejo, Manuel Díez Román, Javier Ludeña, Ricardo Martín de Vidales (ilustración de índice), Juan Manuel Santiago, Eduardo Vaquerizo.

Qliphoth

Sombras de los muertos cuyos nombres aparecen en el libro de Dyzan o Toth, también conocido como el Libro de la Ley. En su seno se ocultan fórmulas de poderes mágicos. Existen veintidós entidades qliphóthicas en el Tarot Oscuro, siendo cada una de ellas el guardián de uno de los veintidós pasajes de la muerte, gobernados por Seth.

EDITORIAL

Los mitos... viven.

Los mitos han formado parte de la historia de la humanidad desde sus comienzos e incluso antes. Y no nos referimos a los mitos 'ficticios', como aquellos que Howard Philips Lovecraft creó en torno a ese ser terrible llamado Cthulhu. El mito, el dios, y por extensión la religión, surgió en un primer momento como un intento del hombre por racionalizar el mundo que le rodeaba. Un mundo, una naturaleza que le era hostil e incomprensible.

Así, a lo largo de los siglos, de los milenios, todas y cada una de las culturas se han escondido tras ídolos protectores capaces de aplacar fenómenos de la naturaleza, dioses benévolos ante los que justificar la crueldad de la vida o demonios sulfúreos y sangrientos que provocaban terribles desgracias. El hombre ha creado los mitos, pero con el tiempo esos mitos han acabado moldeando al hombre mismo. En nombre de esas mitologías se han cometido tanto proezas y actos heroicos como salvajes barbaridades. Se han declarado guerras, descubierto y explorado continentes, perseguido etnias, desarrollado investigaciones... todo en o por el nombre de venerables deidades.

Con la llegada de la Ilustración, y posteriormente de la Revolución Industrial, una pequeña alimaña ha ido socavando los pies de barro de ese gigante: la Ciencia. En esta nuestra época ha sucedido un acontecimiento sin par: la laicización de la sociedad se ha convertido en un estándar en la mayoría del así llamado primer mundo. El auge de la cultura ha conllevado que grandes masas, guiadas por una ciencia cada momento más poderosa, den la espalda a la superstición y hagan suya esa frase pronunciada por Santo Tomás hace casi dos milenios: 'sólo lo creeré cuando lo vea'. En nuestros días, ver no es la simple acción de hace siglos, incluso décadas atrás: ahora la razón tiene a su servicio herramientas que nuestros bisabuelos jamás hubieran soñado. Ordenadores que simulan con precisión matemática las más sofisticadas teorías sirven de apoyo al estudio de nuestro universo, ofreciendo al público información tanto accesible como comprensible. En un mundo donde la matemática es la base del saber, ya no hay sitio para la fe.

Es en este mismo siglo, sin embargo, cuando ha surgido un nuevo tipo de mitos y seres cuasi mitológicos. He aquí que hemos podido contemplar desde personajes auténticos pero rodeados de un aura legendaria, como Alistaire Crowley, hasta fabulaciones que han calado tanto entre sus lectores que pugnan por convertirse en realidad, como el Necronomicón y sus decenas de "ediciones". Una nueva clase de mito surge desde las tinieblas de la ansiedad humana. Ya no son mitos nacidos de una necesidad atávica, ni de un temor ante lo desconocido; al contrario, tienen su origen en mentes ociosas, ansiosas por descubrir nuevas "realidades" y mostrarlas a un público expectante, deseoso de encontrar en ellas algún sentido a su rutinaria existencia. Son mitos en la mayoría de las ocasiones ominosos, oscuros, con un componente morboso que busca la excitación de lo más reprimido de la mente. La oscuridad, los lugares desolados, las antiguas creencias resurgidas, las regiones inexploradas, el absurdo de lo cotidiano y muchos otros son los escenarios de los que se nutren estos nuevos mitos. Cthulhu gobierna los mares desde su lecho sumergido; Sandman es esclavizado, huye y muere en una lucha por convertir al sueño en algo más que el simple facto onírico... Mitos nuevos, mitos renovadores, mitos al fin y al cabo.

En el mundo de la Ciencia, el mito resucita, más vivo que nunca. Aquí, e n Qliphoth, nos hacemos eco de este nuevo resurgir y nos preguntamos, ¿por qué no alimentar la hoguera de la fantasía con nuevas creaciones? Atravesemos los veintidós senderos de la muerte gobernados por Seth y descubramos nuevas realidades, repletas de dolor, miedo y maravillosas aberraciones.

Descubramos mitos.

Los Editores

DIOS

Por Eduardo Vaquerizo

La catedral cubría el mundo. El mundo era la catedral. Las bóvedas, los arbotantes y contrafuertes se elevaban cincuenta kilómetros sobre el embaldosado. En el techo, los pináculos, las torres y las arquerías compuestas, subían aún más, bosques de agujas creciendo sobre infinitas praderas de tejas, rojas y redondeadas alcanzaban la estratosfera. Dentro, las cristaleras, los rosetones monstruosos, eran mares de vidrio multicolor. Allí extensos gigantes, portentosos dibujos de cristal, eran alumbrados por el sol como lo haría sobre la superficie del mar, llevando la luz coloreada hasta el lejano suelo. Allí las columnas llenas de nervaduras eran gruesas como montañas y crecían hacia el cielo como troncos de árboles gigantes. El techo era el cielo. El Sumo Pontífice de la humanidad jamás habría podido vislumbrar las pinturas, los frescos que poblaban la lejanía de cincuenta mil metros, de no ser por un pequeño telescopio que conservaba.

En la nave principal estaba lloviendo. La luz que cortaba como un láser las cristaleras era interceptada intermitente por nubarrones ligeros, no las terribles tormentas del verano que alumbran la curvatura del techo y los ábsides lejanos con el resplandor del rayo, sino un chubasco de Otoño. El Sumo Pontífice, montado en su mula renqueaba fastidiado por la lluvia. No podía ver el altar a pesar de que sus recamados en oro, sus joyas engastadas y sus relieves, subían hasta seis mil quinientos metros

de altura y en los días de intenso sol brillaban como un incendio. Era la curvatura del suelo la que no le dejaba advertirlo.

A menudo se adormilaba sobre la acémila. En un momento de ensoñación echó de menos a los eclesiásticos que antes le acompañaban; a todos aquellos vicarios, capellanes, coadjutores, acólitos, canónigos, mojes, campaneros. Todos sus vestidos, los bordados, el incienso, sobre todo el incienso, ese olor embriagador mientras se elevaba la hostia, el himno, y DIOS en el cielo... no como ahora.

Pronto llegaría a la crucería, allá donde la inmensa nave se encontraba con la nave transversal formando la cruz que se extendía por casi todo el planeta. Si hubiera podido hacerse ateo, descreer, el Sumo Pontífice lo hubiera hecho en ese momento, cabalgando sobre losas inhumanas y bajo un ábside tan grande que hacia daño el pensarlo. Pero para él era ya imposible no creer en DIOS.

Más adelante la lluvia dejó de caer al tiempo que el sol se ocultaba por las vidrieras de poniente y una oscuridad espesa empezaba a adueñarse de todo. Desmontó y preparó un pequeño fuego con unos arbustos. Aquellos matojos crecían en los intersticios de las losas y uno solo de ellos duraba toda la noche. El Sumo Pontífice los llamaba zarzas ardientes. Debajo de las losas también crecían unos gusanos de medio metro que eran su alimento. Fáciles de matar, y tiernos de comer. Él los llamaba el maná. Aquello

era tan aburrido que ni siquiera había animales que te pudieran atacar por la noche. Se envolvió en su manto y esperó al sueño.

A media noche le despertó un estruendo parecido a un terremoto. Eran las primeras notas de la Fantasía en Sol menor de Bach. Corrió a esconderse. En la tercera variación había un fortísimo que siempre provocaba un terremoto. ÉL era muy apasionado tocando. Y así fue. Las notas del órgano invisible parecían ondas de choque de explosiones atómicas. Cuando se superponían los tonos más graves temblaba todo, y cuando las escalas subían hasta alcanzar los registros mas altos, los sonidos se metían en la carne haciéndola temblar con dolor. El pontífice había degustado la música antes y a pesar de todo su doloroso gigantismo, aquella melodía sobada a menudo por muchos organistas de poco talento, relucía en un doloroso orgasmo del más exquisito placer. A ÉL le gustaba Bach. A veces el Sumo Pontífice pensaba que realmente Bach había sido su hijo que había arribado a la tierra y lo de Jesucristo, todo un montaje.

A la mañana continuó su viaje entre las nubes de polvo arenoso que le azotaban el rostro. El simún era normal después de una interpretación. Apenas podía ver a dos metros, pero el animal, aquella mula incansable y terca no cedía. Dos meses después, cuando ya caían las primeras nieves, llegó al altar. Solo tenía que trepar por la intrincada escalera, cuatro mil escalones cargado con el misal y el cáliz. Hubiera preferido desaparecer, ser volatilizado como el resto de la humanidad antes que aquella vida. Se remangó la casulla raída y comenzó la ascensión. Según trepaba el aire era mas frío,

raleaban las zarzas ardientes y los gusanos maná. La nieve empezaba a acumularse en las maderas barnizadas, en las tallas doradas y en los mármoles pulidos. El Sumo Pontífice se arropaba con su casulla descosida y gritaba interiormente porque aquello fuese una pesadilla y despertase en el vaticano, pero no para encontrarse con aquella luz potentísima pero indolora que bajaba desde el cielo justo sobre la plaza de San Pedro. Aquella luz que anunciaba su llegada con un coro de voces bellísimas justo en el centro de cada cerebro humano del planeta. La cantata 147 “Jesús alegría del hombre” en la que la letra no era ya el latín original sino que cada habitante pudo escuchar el mensaje de su Dios, su mensaje. Todos desaparecieron. A la mañana recorrió las solitarias estancias del vaticano, gritó por las increíblemente silenciosas avenidas de Roma, probó inútilmente todas las emisoras.

Y mientras el paisaje habitual se diluía como se derrite un helado o un muñeco de nieve y empezaba a crecer la gigantesca y definitiva catedral, él lloró de desesperación porque la música había llegado hasta él sin voces, sin mensaje. ¿Por qué merecía el olvido?.

Continuó subiendo, arrastrando el misal como pudo, luchando contra la nieve que se agolpaba en los intersticios de las esculturas en mármol blanco camino del altar donde tendría que decir misa y cantar alabanza a su creador, quizá durante toda la eternidad.

EL ANCIANO Y LOS FANTASMAS

Por Luis Bermejo

1. Prólogo

Los pétalos caen de los almendros en flor, mecidos suavemente por el viento de la tarde. Algunos se posan indiferentes en el estanque de las carpas doradas. Pocas se acercan para comprobar su gusto y todas lo rechazan, asqueadas por el penetrante sabor. Todas menos una, una pequeña de escamas plateadas que parece disfrutar de su aterciopelada belleza y se queda nadando alrededor, sin acercarse.

Alguna vez he contemplado esta pequeña carpa y me he preguntado si no seremos todos como ella: diminutas criaturas que observan parte de la flor y se maravillan, pero que no son capaces de alzar la cabeza para observarla en todo su esplendor. También he pensado en los pétalos, que se dejan llevar por un pequeño viento hasta lugares que no pensaron llegar. ¿No hacemos nosotros lo mismo con nuestras propias decisiones?

¡Mirad! Allí viene Kuyako. Observad con qué gallardía lleva sus armas, orgulloso de pertenecer a la casta guerrera, de seguir la senda del samurai. Contemplad como se pavonea delante de las hijas de los ancianos, y como ocultan ellas sus complacidas sonrisas tras el abanico. Cuando más les contemplo más me doy cuenta de mi decrepitud. ¡Ah!, me ha visto y se dirige hacia aquí con los ojos entrecerrados. Se ha parado delante de mí con la cabeza gacha, esperando mis palabras. Suspiro: este joven no muestra respeto si no quiere conseguir algo

a cambio.

–Sí, Kuyako, ¿qué quieres? –contesto con la impaciencia que requiere la situación.

–Disculpad, mi señor, por interrumpiros – sigue sin levantar la cabeza, los ojos fijos en el suelo, los brazos pegados al cuerpo en señal de respeto.

–Bien, nada se puede hacer ya para remediar ese error –sonríó al ver el leve fruncimiento de sus labios –¿Cuál es tu problema?

–Necesito...ayuda. Se dice que sois el más sabio de la región, que vuestros ojos han visto pasar hasta cinco daimyos y que habéis sido consejero de al menos tres de ellos...

Observo atentamente al samurai: está nervioso, preocupado por algo...casi diría que está asustado, si algo pudiera asustar a un joven guerrero con toda la vida por delante.

–Ni la vejez ni las muertes de los que amas te hacen más sabio: es la vida la que nos anega de entendimiento a lo largo de nuestra existencia. Pero, ¿qué te aflige? Caminemos por el estanque, lejos de las mujeres; me cansa escuchar risas sofocadas mientras hablo.

El samurai hace un gesto de asentimiento y se coloca a mi lado, caminando lentamente. Los pétalos siguen en el estanque pero la carpa de plata ya no los mira, preocupada, seguramente, por encontrar comida. Espero unos minutos mientras observo, divertido, la lucha interior en la que se

debate el samurai. Supongo que nunca pensó que tendría que pedir la ayuda de un anciano. Cuando parece estar dispuesto a contar su dilema, comienzo a hablar. El tema saldrá por sí solo.

—Por lo que tengo entendido, acabas de volver de un viaje a las montañas para visitar a tu familia. ¿Has pasado por el palacio Atoke? En breve partiré hacia allí: he oído que en sus ruinas crece una flor capaz de mitigar el dolor en los enfermos...

Cuando me giro hacia él encuentro un espacio vacío: el samurai se ha parado unos metros tras de mí con la cara pálida y el cuerpo tenso. Está observándome fijamente, y por un instante veo que sus ojos no me acompañan, perdidos en algún otro lugar. Súbitamente habla, arrastrando las palabras con determinación.

—Me gustaría acompañarle en el viaje.

No dice más, pero observo como su cuerpo comienza a temblar. Debería intentar sonsacarle lo que le ocurre, pero no creo que obtenga nada de él. Lo pienso un momento, y al final asiento con la cabeza, continuando con el paseo. Al poco el samurai se une a mí, sus ojos perdidos en el firmamento. No hablamos más.

2. Diario

Han pasado tres meses desde el día en que permití a Kuyako acompañarme. El frío ha llegado a la región, los árboles perdieron hace tiempo las hojas y la nieve se amontona sobre sus ramas desnudas.

La superficie del estanque tiene trozos de hielo, pero todavía se pueden ver carpas yendo de un lado a otro en busca de sustento. La carpa plateada, sin embargo, ha desaparecido. Quizás descubriera que

aquel no era su mundo y decidiera emigrar por algún extraño sendero de su imaginación, o tal vez algún niño la pescara para entretenerse. ¿Quién puede saberlo? Después de lo que ha pasado, cualquier explicación puede ser posible.

Dentro de poco tendré que participar en la ceremonia de funeral de mi señor, caído en desgracia con las primeras nieves. Su hijo, un joven estúpido y violento, se hará cargo de esta región, y supongo que me pedirá que le asista como consejero. Rechazaré: soy demasiado anciano para educar a un futuro mandatario. Creo que me marcharé de aquí a algún lugar de las montañas y esperaré mi muerte, cercana ya, con tranquilidad.

Tres meses... ¡cuántas cosas han cambiado! Algunos días creo haber vivido un sueño, que todo lo que aconteció no pudo ser verdad. Pero ahí está el diario de viaje, suplicando ser abierto. No sé cuantas veces he leído sus pasajes, pero cada vez que lo hago me descubro con una sensación de misericordia y lágrimas en los ojos.

¡Ah!, las páginas crujen al abrirlas y mi caligrafía, pequeña y apretada, se lanza sobre mis ojos anhelante. ¿Cómo podría hacer otra cosa que no fuera leer las palabras allí contenidas? Lo hago en voz alta, y trato de conseguir que mi voz cascada suene fuerte, lo suficiente serena para poder conversar con la gente a la que he querido, contándoles una historia sobre el amor, el odio y los fantasmas.

Día 15 de Septiembre

No pensé que fuera tan difícil convencer a mi señor para que me permitiera hacer el viaje. Es

curioso ver cómo acepta mis consejos cuando hacen referencia a los problemas cotidianos para luego hacer oídos sordos a las charlas sobre mi marcha. Pero al final aquí estoy: han dispuesto un pequeño séquito para acompañarme en el viaje y el brazo de Kuyako, a petición mía, me servirá como escolta. El tránsito a las montañas es largo y duro: dentro de poco empezarán las colinas y el camino se irá haciendo más y más escarpado. Aun así pienso que merece la pena: según ha llegado a mis oídos, el extracto de esa flor disipa el dolor y adormece a los pacientes sin efectos secundarios, de tal modo que se pueden realizar cortes y sangrías causando el mínimo dolor a los heridos.

Kuyako no se encuentra bien. Su tez está pálida y tiene unas feas manchas oscuras debajo de los ojos. Le he preguntado por su salud y, después de negarme varias veces su falta de fuerzas, me ha confesado que no duerme bien por las noches. He preparado una infusión tranquilizante, pero no creo que le haga mucho efecto: le he oído gritar por las noches. Los otros acompañantes han empezado a murmurar, y le evitan siempre que pueden, pero ahora no tengo tiempo para pensar en eso: tenemos que ir a las ruinas de Atoke.

El palacio Atoke... antes, centro de todo comercio de la región. Ahora, un montón de ruinas que nadie se molesta en visitar. Hace doscientos años los Atoke eran una de las familias más importantes del país. Ahora esa rama ha desaparecido. Su historia se cuenta dentro de las fábulas del teatro Noh, la tragedia de amor y caída en desgracia de Kaoru Sandare, samurai de los Atoke y mano derecha del daimyo del clan.

En la representación, Kaoru traiciona a su mejor amigo, Senshiro Kotame, para conseguir el amor de Hioto, la hija de su señor. La pieza teatral, memorable, muestra como Kaoru sacra un mensaje en blanco y llama a su amigo para enviarlo, y como Senshiro muere en una emboscada perpetrada por Kaoru. La representación continúa con el fantasma de Senshiro, que vuelve de la muerte para enfrentarse a su asesino, y termina con la muerte por seppuku de Kaoru, que no puede soportar la visión de su antiguo amigo muerto.

Aquí termina la obra y comienza el declive de los Atoke. Puesto en tela de juicio el honor de sus hombres, poco a poco pierden el respeto de los demás comerciantes hasta quedar anegados en el desprecio colectivo. En solo veinte años la familia tuvo que emigrar a nuevas tierras alejadas de aquel incidente, pero las noticias se esparcieron por todo el país. El último descendiente conocido murió hace ahora cien años en la más completa de las miserias.

La historia de los Atoke es explicada como ejemplo de lo que ocurre cuando se actúa sin honor, pues la falta de honorabilidad no solo afecta a la propia vida, sino que extiende sus consecuencias como una piedra lanzada al centro de un lago, sus ondas pervirtiendo las existencias de todos los que rodean al deshonorado.

¿Qué nos encontraremos en el palacio? Kuyako, estoy seguro, vio algo allí que le aterró. ¿Qué clase de visión tuvo entre las ruinas? No lo sé y Kuyako no está dispuesto, al menos de momento, a relatarlo. Pero estoy empezando a sentirme inquieto. Tal vez no fuera tan buena idea el partir hacia las montañas...

Día 20 de Septiembre, mediodía

Sea lo que sea lo que aflige a Kuyako, se hace más fuerte a medida que nos acercamos a las montañas. Su estado físico es lamentable: tiene los ojos hinchados, sanguinolentos y está tan exhausto que apenas es capaz de mantenerse encima del caballo. Su terca determinación es lo único que le hace seguir avanzando, pero la falta de sueño unida a un estado de nervios constante están destrozando su salud a pasos agigantados. Esta mañana le he pedido que duerma en mi tienda para poder observarle y no ha hecho ninguna objeción.

Pero no es eso lo que realmente me preocupa y por lo que estoy escribiendo ahora, cuando el sol está en lo más alto del cielo: esta noche he tenido una pesadilla. Apenas si la recuerdo pero me he despertado gritando, empapado de sudor, con un terrible dolor en el estómago como si... pero no, no quiero pensar en eso. Esta noche conseguiré que Kuyako descansa y yo estaré más tranquilo mañana por la mañana.

Día 21 de Septiembre, madrugada

¡Resulta increíble! Jamás pensé tener una experiencia semejante, ni oí de nadie que hubiera tenido una. Llevó más de una hora observando el inquieto sueño de Kuyako, incapaz de decidir si despertarle o no. Creo que es hora de escribir en este diario todo lo que ha pasado antes de que olvide los detalles.

Al principio todo fue normal: cenamos de forma frugal y nos acostamos temprano. Kuyako se durmió apenas puso la cabeza en la almohada, los ojos firmemente cerrados y el cuerpo laxo, sin

fuerzas. Yo, por el contrario, había decidido pasar la noche en vela observándole, con material para escribir todos los síntomas de su enfermedad.

No tuve que esperar demasiado: a los pocos minutos un espasmo sacudió al durmiente y su cuerpo comenzó a temblar de forma violenta. Puse al enfermo un paño de agua fría en la cabeza y pareció calmarse, pero observé cómo sus ojos se movían violentamente por debajo de los párpados. Estaba teniendo, sin lugar a dudas, una pesadilla. Pero, ¿qué era lo que asustaba tanto al samurai?

Fui a retirarle el paño y cuando lo levanté de su frente la mano del durmiente se disparó, aferrando mi muñeca con fuerza. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para liberarme, pero Kuyako no dio muestras de despertarse en ningún momento. Y sin embargo, cuando me libré de su presa comenzó a hablar a toda velocidad, visiblemente asustado, con voz grave, arrastrando las sílabas una tras otra, desgranando una historia aterradora. Contaba su propia pesadilla, me describía con exactitud como la estaba viviendo en su cabeza. Aún ahora me estremezco al recordar la escena: Kuyako casi sollozando al hablar, copiando yo lo que decía mientras miraba de reojo su cuerpo tendido.

Este es el sueño de Kuyako, palabra por palabra. Resulta espantoso escuchar una pesadilla tan detallada. Aunque empiezo a dudar que sea una pesadilla...

La noche está furiosa. Fuertes vientos golpean las paredes de la casa y las estrellas lloran su desaparición tras las nubes de tormenta. En el bosque, las ramas de los árboles gimen y danzan al

compás de la fuerza del siroco. La armadura parece pesar más de lo que una persona es capaz de aguantar, pero no hago ningún gesto que delate mi fatiga; tiempo habrá para quejarse cuando esté galopando a mi destino. Me dispongo a partir, los ojos entrecerrados, la capa tratando de escapar con el vendaval, pero una mano aferra las riendas del caballo.

—Mi señor, se lo ruego... no vaya. Espere hasta mañana, por favor. Este tiempo no presagia nada bueno... siento un dolor profundo dentro de mí y... tengo miedo.

Raiyi. Mi fiel criado, Raiyi, que lleva cuidándome toda su vida, primero bajo las órdenes de mi padre, luego como mi sirviente personal; después de tantos años le he tomado cariño. No obstante, no debería tomarse tantas confianzas con un superior.

—Raiyi, retírate. Las órdenes han sido claras. El mensaje debe ser entregado antes del amanecer. Y ahora, ¡apártate! —termino y espoleo mi caballo que se lanza enloquecido hacia la noche, hacia las ramas que parecen abrirse delante mío y envolverme al penetrar en el interior del bosque.

Pero antes de que la oscuridad me engulla, lanzo un último vistazo hacia atrás. Allí, sí, puedo verlo. La segunda luz en la fachada, la ventana entreabierta, un atisbo de kimono azul, una mano de dedos finos y bronceados aferrando el marco y... ¿cómo?, ¿hay alguien más en la habitación!. Otra mano en la manga de un kimono rojo. Y reconozco el kimono, ¡por los siete infiernos si lo conozco!

Vuelvo la cabeza al camino y pienso en volver, mi alma ruge de furia contenida, pero no

debo hacerlo... aunque el dolor baña mi corazón en fuego ardiente debo cumplir con la misión encomendada: las órdenes de mi señor deben de ser cumplidas. ¡Maldita sea! ¿Por qué lloro? ¿Acaso podría ser de otra manera? Nuestro amor estaba condenado de antemano. Pero no dejo de pensar: ¿cómo ha podido hacerme esto?.

¡Espera!. Escucho un ruido... o quizás sea el viento contra la corteza. Pero no: vuelvo a oírlo, duro y monótono. ¡Caballos! Tiro de las riendas de mi montura y el animal se encabrita, levantando sus patas y casi haciéndome caer al suelo encharcado. El ruido del viento sigue silbando en mis oídos pero escucho el galope. Cerca, muy cerca. Han debido salir del bosque; eso significa que estaban esperándome. Pero, ¿cómo han podido enterarse si yo mismo desconocía la hora de mi partida? A no ser que... tardo solo unos instantes en abrir la bolsa con el mensaje, un papiro lacrado con el sello de mi señor. Dudo unos momentos, preciosos momentos, en abrirlo, sabedor de cometer un acto de traición. El sello cruje, un chasquido débil en la noche pero no me engaño: sea como sea, mi vida está perdida. Desenrollo en papel para descubrir...nada. Soy mensajero de un papel en blanco.

No puedo evitarlo. Grito. Un aullido de rabia brota de mi garganta mientras clavo los talones en la carne del caballo y me lanzo hacia delante. Maldito Kaoru... ¿acaso tenías que matarme para tener vía libre con Hioto? ¿Es que temías que robara el corazón de la hija del daimyo? ¡Malnacido! Me engañaste bien: hubiera dado mi vida por ti y tú te encargas de preparar mi muerte.

Pasan los minutos rodeados del aliento

blanco de la montura, cansada por el brutal castigo. El sonido de mis perseguidores aumenta por momentos: parece que sus caballos no sufren el peso de la armadura. Desisto; sé que es inútil huir, tarde o temprano me alcanzarían. Prefiero esperarles con una bestia cansada a luchar cabalgando en un animal exhausto. Tiro con suavidad y el caballo va disminuyendo su velocidad lentamente, hago girar a la montura para enfrentarme al camino por el que he venido. Espero.

No tengo que aguardar demasiado. Primero contemplo sus caballos, hechizadas criaturas blancas emergiendo de la negrura, y después los rostros velados de mis enemigos. Dudan un momento, alguno para en el camino mientras yo grito y me lanzo contra ellos, el kabuto tintineando en mi cabeza, la katana silbando canciones de muerte al salir de la saya. Paso delante de ellos y golpeo al rezagado; el acero muerde su pecho y su grito se sofoca en un estertor de muerte. Continúo con el caballo un centenar de metros con la cabeza girada, observando a mis perseguidores increpar a sus monturas, como si eso hiciera girar a las bestias con mayor premura.

Detengo el galope para colocarme frente a ellos; aún no se lanzan aunque saben que no tengo ninguna posibilidad de sobrevivir: dos de ellos apuntan sus yaris a mi corazón, el tercero ya ha sacado la katana y la coloca ante mí, retándome.

Pasan los segundos, mis últimos segundos, y una marea de recuerdos ahoga mis pensamientos. Vuelvo a ver su cara, sus ojos, su piel bajo mis manos. ¿Así termina? ¿En una noche de tormenta? No, sea como sea, volveré.

Lanzo un grito de desafío y cargo contra mis oponentes.

Fue lo último que dijo antes de despertar gritando, con los ojos aún cerrados y llevándose las manos al cuello. Sus gritos sonaron en la noche como los de un degollado.

Día 25 de Septiembre, mañana

Las pesadillas me persiguen. Ya no creo que tengan nada que ver con Senshiro, o al menos no pienso que él sea el responsable de provocarlas. El sueño se ha ido haciendo más y más claro a medida que van pasando las noches. Dentro de dos días llegaremos a nuestro destino, pero ahora no sé si quiero ir por mi idea originaria o por esa extraña atracción que parece llamarme al antiguo palacio de los Atako.

Si Senshiro está enfermo, yo también he contraído su enfermedad. Apenas me tumbo a descansar quedo dormido, y sueño estar en una habitación, junto a una hermosa mujer de exquisitos rasgos. Las imágenes del sueño son extrañas. A veces aparezco mirando por la ventana, a veces mira ella, otras los dos, pero siempre sé que hay un caballero allí fuera dirigiéndose a las sombras del bosque, y siento cómo mi corazón se hincha de pena. Hago verdaderos esfuerzos por despertar, pero no lo consigo. Cambia la escena y me encuentro sentado de rodillas en una habitación a oscuras, totalmente solo, notando la empuñadura del tanto en la mano. Sé lo que va a pasar y grito antes de que suceda, pero mi mano se mueve y golpea la carne, la abre y la raja, y solo puedo gritar de dolor.

Y entonces despierto, completamente

empapado de sudor y temblando como un chiquillo. No sé lo que me está ocurriendo, parece como si las pesadillas de Kuyako se hubieran unido a las mías. Y luego está esa necesidad...esa terrible necesidad de ir al palacio, como si alguien o algo me estuviera esperando allí. Ya no controlo mis actos, lo único que hago cuando estoy despierto es instar a mi séquito a acelerar el paso. Senshiro no dice nada, cada hora que pasa más parece un cadáver atado a su caballo, casi es imposible recordar cómo era el joven antes de contraer esta terrible enfermedad. Nuestros acompañantes nos esquivan y cuchichean de nosotros cuando creen que no les escucho, pero sé que no nos abandonarán, cumplirán con su misión al menos hasta que vean peligrar sus propias vidas.

Espero que llegemos pronto a nuestro destino... no creo que pueda soportarlo mucho más.

Día 26 de Septiembre, noche

Hoy he visto a lo lejos las ruinas del palacio Atoke y... tengo miedo. El temor ha acudido a mí en oleadas, y sé que no proviene de mi interior, sino de fuera, un miedo extraño a mí que me sumerge en un mar de angustia. No sé lo que ocurrirá esta noche, ni mañana, cuando llegemos a nuestro destino...pero ahora no sé si deseo saberlo...

Kuyako ha dejado de dirigirme la palabra. Se limita a mirar hacia delante, hacia las ruinas, sin prestar atención a nada ni a nadie. Hoy no ha probado bocado. Dado su estado actual, si sigue sin comer temo seriamente por su vida.

Día 27 de Septiembre, mediodía

Dentro de unas horas llegaré a palacio, y me

enfrentaré al destino que llevo aguardando tantos años. Quieran las deidades que nos observan apiadarse de nosotros... y de ellos.

Llevo dos horas observando este texto. Es mi letra, mi caligrafía, pero yo no lo he escrito.

Dentro de unas horas llegaremos a nuestro destino final. Kuyako está a punto de morir. Le veo casi caído del caballo, sujeto a la montura por cuerdas, inclinado peligrosamente por su borde. Yo mismo no me siento mucho mejor. La carne cuelga flácida y sin fuerzas de mis extremidades, y casi hace una semana que no duermo en condiciones. Vuelvo una y otra vez al mismo sueño y me despierto al poco tiempo, aterrado. Me siento morir lentamente, y no puedo hacer nada para evitarlo.

Ayer decidí no soñar. Pedí a varios de mis acompañantes que me mantuvieran despierto y así lo han hecho. He observado su cara de miedo al ver mi aspecto, pero no pueden comprender el terror que siento de volver a la misma pesadilla. El dolor del seppuku es inaguantable... no quiero volver a dormir...

...pero era necesario... el honor del clan está por encima de todo... del amor y del odio...

...pero no puedo evitarlo. Me quedo dormido de pie, duermo mientras escribo estas palabras. Son pequeños sueños que me llevan de nuevo a la habitación con la mujer. Y cada vez que me despierto lo hago acallando un grito en mi garganta...

...esa misma mañana había pensado que el tiempo parecía querer decirme algo...

...¿qué? ¿Ya hemos llegado? ¿Estoy por fin

en casa? Adelante, entonces. Que los dioses se apiaden de nosotros.

Que los dioses se apiaden de nosotros...

Día 5 de Octubre

Todo ha terminado. Observo desde la ventana las desnudas ramas de los árboles de palacio y trato de no pensar en lo ocurrido, pero mi mente vuelve una y otra vez a lo mismo. Poco a poco olvido los detalles, así que transcribiré lo que recuerdo para que los hechos no queden en el olvido.

El palacio Atoke estaba en un estado lamentable. Lo que una vez fueron espaciosos jardines se habían convertido en yermos arenales, los pilares yacían desperdigados por la fuerza del viento, la madera aparecía corrompida por la humedad. Restos de una gran familia caía en la desgracia y el escarnio, solo recordada ya por una representación teatral que narraba su desdicha.

Y sin embargo no era esa la única imagen que tenía del lugar. Superpuesto a la realidad observaba auras doradas que conformaban un paraje fabuloso, de estanques con flores flotantes y banderas ondeando al viento. Recuerdo haber apretado los dientes para enfrentarme a la realidad y no a las alucinaciones provocadas por la falta de sueño.

Mientras los demás descansaban yo me acerqué a las ruinas, movido por sentimientos enfrentados de ansia y miedo. Caminé entre los restos, sólo, buscando algo que no podía encontrar. Cada pocos pasos me detenía sin saber muy bien por qué, e inmediatamente volvía a andar, presuroso. Al poco tiempo llegué a un claro detrás de las ruinas y

allí me quedé de pie, esperando. ¡Era una sensación horrible! Sabía que estaba siendo utilizado pero no podía hacer nada para evitarlo, como si fuera una simple marioneta de hilos invisibles.

Al poco tiempo apareció Kuyako en el otro extremo del claro con la katana desenfundada. Tenía la piel blanca y brillante como la de un actor de kabuki, y sus ojos brillaban con el tinte rojizo de los demonios. Me miró largamente y comenzó a temblar de pies a cabeza. Pronto se quedó de nuevo quieto y lanzó un rugido de rabia con la cabeza inclinada hacia atrás.

—Así pues, perro—comenzó a hablar, con una voz extrañamente ronca mientras bajaba la cabeza para mirarme fijamente—, has regresado para enfrentarte a mí después de tantos años. Dime, ¿qué se siente al mandar asesinar a un subordinado? ¿Disfrutaste? ¿Mereció la pena Hioto, traidor?

Comenzó a acercarse a mí lentamente, oscilando la katana, haciéndola tocar el suelo, dibujando un surco en la arena mientras seguía mirándome a los ojos con mirada colérica y rabiosa. Mientras tanto yo mantenía una lucha contra algo en mi interior que pugnaba por salir, sabedor de que mi cordura se estaba perdiendo por momentos.

—Cuántos años hasta que hemos encontrado alguien que pudiera hacernos regresar. Cuántos años de tortura esperando el momento en que mi espada probara tu carne y ahora, ¡aquí estás! Este cuerpo de mi sangre espera venganza, y ¡venganza obtendrá!

Casi encima de mí levantó la katana en alto, justo en el momento en que yo cedía ante el envite del sueño, que pareció arrancar de cuajo las puertas de mi conciencia y sumergirme en una marea de

irrealidad. En ese mismo momento el bosque cambió, y supe, antes de verlo, que las ruinas de mi espalda se habían convertido en un resplandeciente palacio. Pude ver a mi enemigo no como un joven exhausto, sino como un regio samurai, la piel quemada por el sol y una mueca de ira por cara.

A partir de ese momento todo se hace difuso. Recuerdo haber saltado en un abismo de negrura para aparecer de pronto en la habitación de mi pesadilla con la mujer a mi lado. Lo veía todo totalmente claro, como si estuviera allí, viéndolo con ojos que no eran los míos, escuchando con oídos que no me pertenecían. Cada una de las palabras, cada pensamiento está grabado en mi memoria a fuego. Lo transcribo tal cual, pues temo que si lo narrara perdería su complejo significado.

–Bien, este es el mensaje que tiene que enviar Senshiro.

Hioto es terriblemente hermosa, tiene los rasgos delicados, tan distinta a su padre como la noche y el día. El sello de la familia está goteando en el mensaje. Debe ser importante para haberme despertado por la noche.

–Bien, baja y dáselo a un subordinado, el mensaje es urgente y tiene que llegar mañana por la mañana.

Hay algo extraño en esto, pero asiento; es la hija del daimyo y sabe lo que se hace. Bajo inmediatamente, y entrego el mensaje a un soldado, haciéndole repetir mis órdenes para asegurarme. Espero que Senshiro no se tome a mal este trato, intentaré compensarle cuando vuelva. Subo las escaleras aún extrañado y vuelvo a la habitación.

Quince minutos más tarde escucho voces abajo. Parece Senshiro discutiendo con un criado. Salgo a mirar por la ventana y le veo, la armadura enfundada, el pelo recogido, la mirada aún somnolienta. Espolea su caballo hacia la oscuridad y quedo sobrecogido mientras se acerca hacia el bosque, que parece comérsele en las sombras. Antes de entrar gira la cabeza y me mira. Voy a hacerle un gesto, pero entonces noto una mano en la espalda. ¿Qué?... ¡es la hija del daimyo, Hioto, vestida con un kimono rojo de dormir!

Un salto en el tiempo, un abismo de negrura, de dolor, de pérdida y de vergüenza. Aparezco ahora en la habitación a oscuras, con el tantoo.

Soy el responsable de su muerte. Debí darme cuenta del truco de esa mujer. ¡Ah, me engañó y consiguió que le mandara a la muerte! ¿Cómo pudo conseguir los hombres? El dolor es inmenso, pero no puedo ir en contra de mi señor...o de su hija. A pesar de haber matado a la única persona que quería para poder yacer junto a mí, no puedo faltar a mi palabra. No me queda mas que morir, deshonorado y hundido en el sufrimiento.

Senshiro, mi amor, por favor, perdóname...

Abrí los ojos justo cuando la hoja lamía la carne y me encontré en el suelo, mirando fijamente una figura tendida a mi lado. Tardé unos momentos en reconocer a Kuyako en el rostro que tenía frente a mí. Tenía los ojos cerrados, respiraba débilmente...estaba durmiendo. Traté de levantarme pero las fuerzas me faltaban. Lo único que pude

hacer fue girarme un poco para tratar de ver qué era lo que estaba causando tanto ruido en el claro.

Dos samurais de armadura brillante luchaban uno contra otro. Dos samurais envueltos en bruma, sus pies perdidos en la niebla, sus movimientos lentos y majestuosos, bailarines al compás de una música silenciosa. El primero, el que había reconocido como mi enemigo, el llamado Senshiro, luchaba con furia, con envites poderosos. El otro guerrero, por el contrario, paraba con desgana los ataques de su adversario, y casi parecía como si quisiera ver su cuerpo cortado por el filo de la katana.

Todo fue muy rápido. Un nuevo ataque, una finta fallida y la katana cortó el pecho del samurai. Un rugido de triunfo resonó en el claro mientras uno de los guerreros caía de rodillas, ensangrentada su armadura. Senshiro gritó de nuevo, triunfal, completada al fin la venganza sobre su enemigo, dando la espalda a su oponente, pero solo yo contemplé la cara de su rival, amigo y amante. Solo yo vi las lágrimas de Kaoru, la sonrisa impregnada de amor, de tristeza y de perdón.

Senshiro levantó la katana y comenzó a desaparecer, yendo al lugar al que tenía que haber ido hacía mucho, mucho tiempo, sin mirar de nuevo a su enemigo, que le observó marchar con pena infinita. Contemplé la figura inclinada de Kaoru, que lentamente comenzaba también a desaparecer, quien sabe a donde.

—Nada podía hacer—me dijo al mirarle— Llevaba tanto tiempo esperando enfrentarse a mí que solo mi segunda muerte serviría para hacerle llegar a su destino. Pero... ¡no te aflijas! Tal vez yo también

llegue a mi lugar, purgadas al fin mis culpas. Tal vez —un espasmo de tos, una burbuja de sangre brotando de su boca—. Que las buenas deidades te guíen, primo. Quieran los dioses que nos volvamos a ver algún día...

Y terminó por desaparecer.

Eso fue lo que dijo, y así es como lo he escrito en este diario. Me encontraron al poco rato y me trajeron de vuelta, visiblemente preocupados. El viaje de vuelta fue mucho más relajado... me lo pasé durmiendo. Al despertar estaba en esta habitación, con el diario al lado, sin haber sido abierto ni leído por nadie. Es una lástima: espero que en los años venideros alguien lo haga y entienda el sacrificio que hizo Kaoru, primero por honor, luego por pena y finalmente por amor.

Ahora debo descansar. El médico me ha recomendado dormir y seguiré su consejo. Kuyako parece estar recuperándose favorablemente. Es joven, y a pesar de su estado podrá volver a incorporarse a las filas de los guerreros samurai.

Estoy cansado. Aquí termina el diario de mi viaje.

Quieran los dioses apiadarse de nosotros.

3. Final

Termino de leer el diario con la voz quebrada. ¿Quién sabe? Nunca se supo si Kaoru tuvo hijos...tal vez sea de su sangre, tal vez no. Mi padre jamás me dijo nada de su familia, pero muchos hijos reniegan de sus padres por diferentes motivos...

Quizás este diario sea un buen regalo de bodas para Kuyako. Así podrá recordar lo que

ocurrió y podrá relatarlo a sus hijos. Es demasiado importante como para ser confiado a una manos ancianas. Mejor que lo guarde él.

La tarde está cayendo ya, y tengo que retirarme. Mañana tendré que decirle a mi señor que deseo marcharme del lugar. Supongo que se opondrá, pero llevo demasiado tiempo aconsejando y podré arreglármelas con él.

¿Qué es eso que salta en el estanque? Ah, ¡la carpa plateada! Pero... ¿qué está haciendo? Parece que me llama... ¿cómo es posible? Rápido, ¡tengo que verlo!

No hace frío afuera a pesar de la nieve. Es extraño. Sí, sí, ¡voy! La carpa está lanzándose hacia arriba susurrando mi nombre con el agua helada. Voy, ¡voy!. Ya, ya estoy al borde del estanque. ¿Qué? ¿Quiere que me tire? ¡Pero el agua está helada y...

Y... ya comprendo. Sí, espera, dejaré la ropa en el suelo. No, no quiero mojarla. Bien, carpa, estoy listo.

Vámonos.

4. Epílogo

-¿Y ahora quien aconsejará al daimyo?.

-No lo sé. Acércame ese libro. ¿Qué se supone que tenemos que hacer con estas cosas?

-Tendremos que guardarlas y cerrarlas. El anciano no tenía familia, ni hizo ningún tipo de testamento, y cuando lo incineren esto no será de nadie.

-Vaya, pobre hombre. Ah... ¡no!

-¡Estúpido! ¡Has empapado el libro! ¡Ahora se echará a perder!

-¡Maldita sea! Bueno, menos mal que nadie lo echará de menos.

-Sí, los dioses se apiadan de nosotros...

SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA MÍTICA

Por Javier Ludeña

Estos tiempos nuestros –tan lamentables, ni más ni menos, como cualquier otros- son ricos en paradojas. Una de ellas es la simultánea convivencia de un deslizamiento de las costumbres hacia la trivialización, a la par que se impone una escala general de valores que generalmente premia los contenidos por encima de las formas, la funcionalidad por encima de la estética, la racionalidad de la utilidad por encima de cualquier otra consideración, incluida la tradición.

Resulta de lo más sorprendente que un hombre como el actual, que viste cómodo, que vive en apartamentos tan bien pensados y revisados como externamente anodinos, que ha descreído de todo pensamiento accesorio que no haya podido manifestar su utilidad cotidiana, que ha abrazado la no-practicancia de un cristianismo al que no se atreve sin embargo a renunciar por pura vagancia, que busca emparejarse por amor sin considerar otras conveniencias, que valora la naturalidad de sus amigos más que su “clase” o su estilo, que prescinde de las fórmulas de una educación que ha sido el único legado de sus antepasados, fervoroso creyente de la tecnología y la ciencia, coleccionista de entretenimientos y placeres epidérmicos...

Que este ser desgreado, digo, que este hombre de lo concreto, práctico, positivista, del momento y del corazón de las cosas, de “la belleza de la sencillez” por encima de otras formas de belleza, sea a la vez el mismo hombre que haya convertido al arte y a cualquier otra forma de espiritualidad en puro entretenimiento, el de la publicidad, las ideas prefabricadas, la moda, el pensamiento único, la incultura y el desconocimiento de los significados y orígenes de aquello mismo que rechaza; Que por un lado ahorra movimientos, pero luego realiza otros absolutamente innecesarios, hospitalizado en una individualidad más que dudosa y en el realismo más ajeno a cualquier realidad natural posible.

Contrariamente a la primera sensación que se podría sacar, el hombre de esta sociedad materialista y escéptica, con toda su intrincación social y sus roles variados, con todos sus adelantos, está más cerca que nunca del mecanicismo de las reacciones animales, de la más extremadamente simple de las posibles respuestas ante la existencia. No deja de ser una aberración como otra cualquiera. Si tuviera que dar mi diagnóstico no profesional a esta sociedad, éste sería sin dudar el de enfermedad de pragmatismo crónico mezclado con delirios esquizoides de grandeza y tendencia a la psicosis depresiva que conduce al nihilismo y la definitiva evasión de todo. Una apariencia externa idiota que esconde por dentro una insondable idiotez, la fruta que se ha podrido por dentro y por fuera al mismo tiempo.

Hubo un tiempo en que esto no fue así, lo cual demuestra que es posible otro ser humano distinto del

que ahora somos. Hubo un tiempo en que los hombres vivimos en mayor consonancia con el verdadero puesto que nos ha correspondido bajo las estrellas. Entonces se tenía mayor autoconciencia, una capacidad de observación mucho más penetrante, una sensibilidad más pura para captar las insinuaciones de la Naturaleza, y un nivel de acatamiento total a sus normas y las normas internas de uno mismo. Y los modos importan, claro que importan. El mito y el rito no eran, como ahora, meros elementos festivos, sino que conformaban en sí mismas verdaderas entelequias, que simultáneamente a existir por sí mismas salpicaban todo el entorno del hombre con respuestas. Pero llegados a este punto, conviene entrar de pleno en el meollo del asunto, y abundar más en estos conceptos, constantemente mal interpretados.

¿Qué es un mito? Se le llama mito a una representación a modo de historia o escena de carácter simbólico y fabuloso, mediante al cual se trata de dar una lectura divinadora, ordenada e interpretada de la vida, la Naturaleza, su orden cósmico y sus misterios. Es decir, se trata de un fenómeno teórico básico, propio del comienzo de una civilización que echa a andar y comienza a explorar la oscuridad que la rodea en todos los sentidos, y que aún se encuentra en un estado animista de creencias y concepciones naturales.

Ante todo, ha de quedar claro que el mito no ha de ser entendido como una mera manifestación cultural y social prelógica y precientífica: el mito se trata, antes que nada, de un sistema cognoscitivo capaz de suplir por sí mismo a toda esa ciencia y lógica satisfaciendo la imperiosa necesidad que tiene el ser humano –por muy primitivo que sea aún su estado- de entender, de concebirse a sí mismo y a su medio. Según va adquiriendo una civilización la facultad de la lógica y de la ciencia, su capacidad de generación de mitos se va reduciendo hasta tender a la atrofia completa. Tanto es así que hoy por hoy, y al menos en Occidente, en el Occidente del átomo, el genoma humano y la oveja Dolly, esa capacidad ha desaparecido. Ante este punto conviene señalar que no hay que confundir jamás mito con “personaje” o con “aventura”. El hecho de que nuestras fabricas de ocio sigan inventando caracteres y situaciones en películas, libros y cómics, no implica, en ningún caso, que se estén generando nuevos mitos, si no tal vez que nuestra cultura se ha vuelto tan confusa que su potencial para parir refritos y misceláneas está llegando hasta un extremo de esplendor máximo.

Karl Jung venía a diferenciar entre signo y símbolo diciendo que el símbolo presupone que la forma escogida –el significante- es la mejor designación o la mejor fórmula posible para identificar un estado de cosas relativamente desconocido pero reconocido como existente y reclamado como tal. Explorando la idea que yo quiero desarrollar, y análogamente, la diferencia entre mito y alegoría radica en que el primero es una expresión simbólica –y con la connotación de ser la mejor posible que le da Jung- de algo que el grupo étnico intuye pero no termina de conocer, mientras que la segunda no pasaría de ser una simple perífrasis de algo plenamente conocido. Esto es interesante, y comienza por echar por tierra las habituales identificación

mitológicas con una sencillista “necesidad de creer en algo”, o más aún la vergonzosa e inculta identificación de la masa de lo mítico con lo fantástico, como si de un bestiario o un anecdotario maravilloso se tratase. El mito le sirve al hombre primitivo para conocer y divulgar el conocimiento entre los demás.

Ante todo, ha de quedar claro algo que en realidad todos sabemos, pero de una manera refleja, y sin llegar a plantearnos la cuestión conscientemente: pensar implica cotejar, comparar constantemente las informaciones que nuestros sentidos nos aportan o que nuestra propia mente retroalimenta sobre sí misma con alguna clase de modelo. Bien saben los estudiantes de Inteligencia Artificial que uno de los métodos de acercamiento a resolver una mente que discurre, es la reducción del problema a un parecido razonable con otro ya resuelto, que nos indique la dirección en la que hay que razonar. No podemos pensar en algo de lo que no sabemos absolutamente nada y de lo que no imaginamos ningún parecido con algo ya conocido. Así pues, podemos ahora imaginar lo complicado que debió de ser para los primeros homínidos poseedores de la capacidad de pensar, el ponerse por primera vez a hacerlo.

Los mitos cumplen la función de primeros modelos en virtud a los cuales el hombre arcaico se organiza y comienza a construir, y posteriormente no los abandona por una cuestión de coherencia metodológica. Incluso superada esa primera etapa de la evolución, el mito se convierte en un segundo nivel de lo real en donde lo que terrenamente es demasiado complicado de aprehender, cobra una forma específica.

Todos los grupos humanos se han apoyado en una concepción mítica a comienzos de su historia. Las civilizaciones arcaicas son civilizaciones enteramente míticas, en el sentido de que todo su orden está basado en su manera de entender su entorno y su lugar con respecto a él, y estas maneras están por entero codificadas en forma de mitos. En el Neolítico, con el arranque de la Historia, la aparición de las primeras ciudades y el esplendor de los primeros pueblos enteramente civilizados, florecieron la mayoría de grandes mitos que posteriormente se han ido reescribiendo una y otra vez, y fueron los pueblos con mayor capacidad para descubrirlos, los que más rápidamente evolucionaron. El mito ha sido como el Monolito Negro de “2001”, de su mano surgió el dibujo de esa línea que nos separa de las bestias. Hoy en día resulta tentador imaginarse a los antiguos sumerios, con todo su conocimiento de astrología, creyendo que las estrellas determinan nuestro futuro y leyendo el horóscopo como hacemos nosotros, pero esto es una estupidez. Para lo sumerios, todo ese conocimiento de los cielos tenía otro significado mucho más sutil.

Sobre la arbitrariedad de la elección de estos símbolos, y sobre la ortodoxia del sistema de sustituir lo que se ignora por esta clase de imágenes, la cuestión no puede ser reducida a una expresión tan simple, y quisiera hacerle al lector algunas observaciones muy importantes. Llama la atención, y mucho, por ejemplo, que todas las culturas hayan inventado básicamente los mismos mitos, símbolos razonablemente parecidos, deidades equivalentes. Se podrá objetar que ello es así por una sencilla razón de intercambio. Efectivamente, el reinado en los cielos contado en las tablillas hititas de Hattusa en la sucesión de Alalu, Anu, Kumarbi y Tesub –incluidos detalles como el de la piedra engullida por Kumarbi, de la que nacerá Tesub- pudo ser

heredado por la historia de Urano, Crono y Zeus. Y el Canto de Ullikummi o el poema Hedammu, igualmente hititas, ofrecen un precedente para la batalla entre Zeus y Tifón. De acuerdo en que fue geográficamente posible que el Enuma Enlil babilónico fuera transmitido a los pueblos vecinos, y que la pareja Apsû-Tiamat y los dioses Ea y Marduk vuelvan a parecer heredados años más tarde de la caída de las ciudades estado por los nuevos pueblos que moraban esas regiones. Todo eso tiene sentido, como las coincidencias entre las variadas religiones de pugnaron por la hegemonía en la región del Canaan, prestamos mitológicos de los que no se libra ni el judeocristianismo (como el sueño de Nabucodonosor en el Libro de Daniel y la historia de la Humanidad, sospechosamente similar a la obra de Hesíodo sobre los Trabajos y los Días, por citar sólo un ejemplo).

Pero este inconveniente se cae por su propio peso cuando se analizan culturas mucho más lejanas, que probadamente nunca han llegado a tener contacto ni posibilidad de intercambiar mitos. Que en la América de los mayas se encuentran mitos paralelos a los de la india vedia, y que con éstos son equidistantes a los encontrados aún hoy en ciertas islas de la Micronesia, es un hecho demasiado notable. Como el mito del “mana”, que en América llamaban orenda y en Angola nkisi, pero que encierra la misma idea. Cada pueblo los viste adecuándolos a su circunstancia geográfica, climática y social, pero las cuestiones de fondo tras todas las mitologías vuelven a ser una y otra vez las mismas. Esto también obtiene su explicación gracias a Jung, que documenta en sus diarios de trabajo el hecho sorprendente de que individuos desconocidos entre sí, de países distintos y circunstancias diferentes, sueñen a menudo con elementos iconográficos equivalentes.

Lo mismo ocurre con cierto tipo de criaturas legendarias, el mundo parece tan poblado de serpientes aladas, serpientes con plumas, dragones y grandes reptiles como si estos seres hubiesen convivido alguna vez con el hombre desde la América precolombina a la lejana China, pasando antes como no por todo el África, Egipto y las culturas primeras del Oriente medio y próximo. Con ciertas formas sagradas pasa tres cuartos de lo mismo. La pirámide, por ejemplo, parece haber sido una forma adecuada escogida tanto por aztecas, egipcios, babilónicos como por otros pueblos. Si dejases a un hombre desnudo de cultura en una isla desierta con un puñado de piedras, tal vez ese hombre construiría con ellas una pirámide. La pirámide es sin duda una forma muy intuitiva, y la intuición no deja de ser una forma del instinto. Y es instinto es una función animal tan física y anatómica como los otros cinco sentidos o cualquiera de las funciones biológicas del cuerpo.

Y ahí es a donde quería llegar: parece ser que hay en el interior del ser humano una serie de imágenes prenatales, completamente desvinculadas de cualquier cultura que se vaya a inculcar posteriormente de nacido al individuo, un conjunto de intuiciones formales tan inmanentes a la propia naturaleza de nuestra especie como puede serlo la forma hexagonal de la celda colmenera en las abejas. Esta forma de hexágono en el citado insecto es innata, y a la vez va más allá de esa otra clase de instinto que le

dice que tiene que alimentarse o conservar su especie, es como una especie de visión ante la que no valen defecaciones, es un conocimiento que se tiene como cualquier otro atributo biológico.

Igual, estas imágenes inherentes a nosotros, con las que ya nacemos y que son comunes para toda la humanidad, son las que se dedica a estudiar la escuela psicoanalista, y podemos recurrir a viejos libros psicológicos para saber más de ellas. Se manifiestan en los sueños, ese estado de enajenación mental transitoria en la que la conciencia no es responsable de las imágenes que se visualizan, pero en el que las imágenes son aún más intensas que en la vigilia. Surgen de un sustrato muy bajo de nuestra psicología –de las teorías evolutivas de nuestra psique ya hablaremos otro día con más espacio-, y son las responsables de lo que se ha dado en llamar el “inconsciente colectivo”. La mitología, básicamente, no deja de ser parte de ese inconsciente, y sus imágenes no son otra cosa que esas imágenes con las que ya nacemos. Los mitos serían según ello algo completamente filo-neuronal, parte de la herencia genética racial que se pasa de padres a hijos, parte, en definitiva, del significado que tiene ser un humano.

A partir del mito, los pueblos aprenden a identificar una cosa con algo más, algo externo a ello y mucho más importante. Siguiendo este método de captación, en la mentalidad “primitiva” arcaica los objetos del mundo, tanto por lo demás como los actos humanos propiamente dichos, no tienen valor intrínseco autónomo. Una piedra será sagrada por el hecho de que su forma acusa una participación en un símbolo determinado, conmemora un acto mítico. El objeto aparece entonces como el receptáculo de una fuerza extraña que la diferencia del medio y le confiere sentido y valor. Esa fuerza se puede deber a su forma, a su materia, o puede haber sido transferida por medio de ritual.

En la cosmogonía irania de tradición zervanita, por ejemplo, cada fenómeno terrestre, ya abstracto, ya concreto, corresponde a un termino celestial, trascendente, a una “idea” en el sentido platónico. Todo lo que ocurre “aquí”, o en el cielo que hay sobre nosotros, tiene su importancia básica porque es el reflejo de otro movimiento que tiene lugar en “otro sitio” superior, quizás metafórico, pero de importancia trascendente. El Templo en la sociedad arcaica no es un simple sitio de reunión, sino que se trata de una representación o embajada “aquí” de otro templo sagrado celestial. Esta tradición ha sido recogida por múltiples ideas mitológicas de diversos pueblos, desde la diosa Nidaba mandando construir su templo en Gudea según un plano “celestial”, a la mismísima tradición judeo-cristiana, con episodios como los de Moises o Salomón. Jerusalem aparece como la copia terrenal de otra ciudad divina, y que es descrita en el Apocalipsis de Juan. En la tierra de Sumer las ciudades se construían según un plano estelar, siguiendo la forma de las estrellas. La disposición de todas y cada una de estas ciudades giraba en torno a la idea del “centro del universo”, representada como montaña sagrada. A veces esta montaña sagrada no tenía por qué ser literal, a menudo se trataba de nuevo del propio templo, o de un palacio. El mito del centro del mundo se conserva nuevamente en nuestra tradición cristiana en forma del monte Golgotha, supuestamente ubicado en

el centro del Universo, lugar donde murió Adam y donde también crucificaron a Cristo. Los ziggurats de Borsipa y Ur tienen siete pisos, representando los siete cielos (en el caso de Borsipa) o los siete colores del mundo (en Ur). Etc, etc. Es inútil seguir multiplicando los ejemplos.

En cuanto al rito... el rito es el modo que tiene el hombre de actuar dentro de este orden mítico. Si todo es el reflejo de algo más grande, también el comportamiento humano tiene sentido sólo sobre la base de que repita otros comportamientos anteriores primordiales, realizados por héroes o deidades, o que celebren rememorando acontecimientos de grata o terrible trascendencia para todos. Un cabante imita mediante sus ritos orgiásticos el drama de Dionysos; un orfico repite mediante iniciación las azañas de Orfeo. El hombre hace lo que los dioses hacen, y así está seguro de ir por buen camino, porque los dioses son en realidad el arquetipo que representa esa fuerza total, creadora y destructora, que rebasa incluso el concepto de Naturaleza. Si en el Orden Total las cosas son así, será por algo. La imitación es la piedra angular de cualquier liturgia, incluida la hebrea, cuyo Sabbath es la repetición del descanso que Yavé se tomó el séptimo día –que en su cultura es el sábado-, o la Cristiana, cuyo amor al prójimo está concebido sobre el ejemplo del amor de Jesucristo, como una reproducción de él.

El homenaje al comienzo de los tiempos marcará gran parte de las intuiciones que habrían de convertirse en ritos. La costumbre de festejar el comienzo de una empresa con una señal, o la toma de posesión de una nueva tierra por medio de la invocación mímica que consiste en clavar un estandarte o bandera, no son más que las representaciones humanizadas de la lucha inicial jamás presenciada por el hombre entre el Orden y el Caos, y de cómo cuando el Orden venció las cosas tuvieron nombre y fueron conocidas. El sacrificio es así mismo un acto ritual de repetición del comienzo de los tiempos, y al contrario de la imagen vendida en el cine, era un ritual solemne en el cual se respetaba a la presa ofrendada tanto o más que al maestro de ceremonias celebrante. Tanto como se admiraba al toro en las primeras celebraciones rituales taurinas que ahora han degenerado en nuestra moderna fiesta. Y así sucesivamente, rito por rito. Y en cada rito, el hombre está construyendo su propio hexágono colmenero, dando rienda suelta a un instinto psicológico total.

Finalmente, el rito cobra un sentido costumbrista. Dicta como se tienen que hacer las cosas de entre todas las formas posibles, y así sirve para ordenar la convivencia en el grupo humano y para dotar de una estabilidad emocional a los sujetos. Incluso en un hipotético sistema ácrata, en el sentido de no poseer un gobierno claro, las normas de educación y la cortesía diplomática serían las únicas vías posibles para la convivencia. La noción de “lo sagrado” sirve de consuelo en la medida en la que nos traza los surcos por donde “se puede” y “no se puede” ir. Así, nos dota de sentido y dirección. Pero esto ya es el comienzo de otro tema, más filosófico, y hay que dejarlo para otro día.

Con el avance de la ciencia, y como antes he anticipado, las mitologías fueron ordenadas y poco a poco frivolidadas al olvidarse su sentido simbólico. Después, la aparición de las religiones de corte totalitario acabaría con todas estas creencias naturales paganas –utilizando la palabra “pagano” con su sentido completo literal, y no como la están reinventando tantos majaderos que últimamente han hablado del tema-. Actualmente, la practica de una religión tan “literalizante” como la cristiana, que tiene a imaginar a su propio Dios como algo concreto, con voluntad y designios propios, casi como a un señor con barba que nos mira, y no como otro más de estos mitos arquetípicos, nos ha educado de una manera desviada y se tiende a la tangibilidad de las creencias. Así, ya no es posible creer en los antiguos mitos, porque materialmente, interpretados al pie de la letra, todos lo sabemos, son absurdos. Pero la cuestión no es esa, eso es no haber entendido nada, es estar tan ciego como lo estamos cuando nos ignoramos a nosotros mismos durante el sueño, sin darle importancia a tal o cual señal que nuestro cerebro nos ha lanzado, y que tal vez es la primera señal de un desarreglo. Ahora el rito tampoco significa nada, porque, repito, literalmente el rito no deja de ser un simple psicodrama. Nuestra sensibilidad se ha cerrado aparentemente, y hemos perdido completamente la capacidad de comprender una cosa mientras hablamos de otra, o la capacidad de estratificar la mente en diferentes niveles de abstracción.

Y no sólo eso: las mitologías están constantemente de moda, pero como podrían estarlo las anécdotas de sociedad o los chistes de leperos. En esta misma publicación seguro que has encontrado un buen número de historias para las cuales la mitología no es más que una mera semilla para desplegar una trama de ficción, algunos de cuyos autores ni tan siquiera saben de qué están hablando. El hombre moderno colecciona mitos como colecciona cromos, pero no usa su sentido, y al haberse perdido este, el mito ha dejado de serlo. Por eso decía al comienzo de mi escrito que nuestra capacidad para crear mitos se ha atrofiado. Nuestra cultura es una burda secuela de la antigüedad, que nos empeñamos en prolongar ¿hasta donde? ¿Y a cambio? A cambio nos hemos convertido en un ser desarraigado, desnaturalizado, sin significación alguna. Peor aún: sin darnos cuenta nos hemos divorciado de nuestra propia herencia genético racial, y por esa es la razón existe un sustrato en la parte más baja de nuestra psique que tiene una grave tendencia a naufragar y a enfermar. Así surgen los desarreglos neuróticos, que según los materiales arqueológicos e historiográficos jamás habían estado tan extendidos como en este siglo XX. En nuestras ficciones y en nuestros sueños las imágenes siguen surgiendo porque están todavía ahí, pero cuando se ven demasiado violadas por nuestro modo de vida y nuestras ambiciones conscientes, explotan y la mente enferma. La sociedad en general está convaleciente. Jamás habían ido las cosas tan bien para ciertos grupos del ser humano, entre los cuales nos encontramos en nuestro país, pero jamás había habido tanta conciencia del descontento, de ese absurdo existencial, jamás había habido tanta falta de dirección.

Sin renunciar a la ciencia para nada, no se trata de creer a pies juntillas que danzando alrededor de

las hogueras habrá mejores cosechas, vuelvo a reiterar que ese pensamiento tan literalizante de las cosas es el mal de nuestros tiempos. Se trata de reconciliar el pasado con el presente para que pueda haber un futuro. Y por ello reivindico la vida mítica, la vida ritual. Si tengo la ocasión, aquí o en otro púlpito, trataré de ir exponiendo al público algunos interesantes ritos que aún se realizan en nuestros días, o que se realizaron en algunas zonas, ritos que ahora parecerían verbeneros y teatrales, pero eso sólo porque la vida, en lugar de ser tomada tal y como es, se ha convertido, acaso, en un circo para nosotros.

Ha sido mucho material y muy apresurado para un primer viaje, lo sé. Ya volveremos poco a poco a cada punto con datos más concretos. Ahora la iniciación va a comenzar.

EL QUE ACECHA EN LAS ESCALERAS

Por Juan Manuel Santiago

-1-

ENCIÉRRENME SI QUIEREN, o depórtenme a Siberia. No se lo reprocharé. Declárenme enajenado mental, si ello les agrada; pero antes, les ruego me escuchen por última vez y juzguen ustedes mismos, con la imparcialidad que se les supone, si deben prestar atención a mi súplica. Les reitero la necesidad de borrar de la faz de la tierra la vieja isba de mi camarada Pavel Ilich Pavlov, lo antes posible. El tiempo corre en nuestra contra.

Me preguntan ustedes cómo conocí a Pavel Ilich. Vine a Arjangelsk, procedente de la pequeña pero ilustre Jolmogor, con la intención de cursar estudios en la Universidad. En las frías noches circumpolares de aurora boreal, nuestro único entretenimiento consistía en pasar largas veladas junto al reconfortante fuego de la sala grande de la residencia. Mi carácter introvertido nunca me ha permitido tener demasiados amigos, pero aquel curso fue especialmente difícil para mí. Era mi primer año fuera de casa, no conocía a nadie, estaba solo. Pavel Ilich acabó por convertirse en mi única compañía.

Nadie le quería. De orígenes acomodados - procedía de una familia burguesa enriquecida con el comercio maderero del puerto-, su indisimulada arrogancia le hacía odioso para todos. Junto a eso, su padre había sido oficial del Ejército Blanco, y sus

atrocidades eran bien conocidas en ambas orillas del Dvina. La Revolución sólo le había permitido conservar una isba a tres verstas de Arjangelsk, en la cual, según pretendía la tradición, habíase emplazado un templo consagrado a cultos horripilantes cuya naturaleza no me atrevo a referir.

Tampoco su carácter le ayudaba a parecer simpático. Era un hombre seco, que hacía honor a su fama de huraño y poco sociable. Sus inexpresivos ojos, su elevada estatura, su pronunciado mentón le conferían un aspecto turbador. Su amistad requería, ante todo, paciencia. Por otras circunstancias, yo también padecía similar mala fama. Me consideraban un pueblerino arisco, hermético, asocial. Confieso no ser un hombre que concite grandes simpatías, por lo tanto no les faltaban razones para recelar de mí.

Puede decirse, pues, que nuestros caracteres nos lanzaron al uno junto al otro. Empecé a comprender a aquella máscara de pasividad, tras la cual se ocultaba el ser más cautivador que conocieran los siglos. Siempre he sido muy inclinado, en la medida en que la censura y mis medios me lo permitían, a los aspectos más ocultos y sórdidos del saber humano. Confieso sin rubor cuánto placer me ocasionó la noticia de que mi nuevo amigo conservaba en su isba, entre muchas otras rarezas, una edición resumida del *Necronomicón*, el célebre tratado sobre el Mal que

escribiera el árabe loco Abdul Alhazred. Su tatarabuelo se lo había trocado a un mercader turco sin escrúpulos a cambio de un cargamento ilegal de ámbar y maderas, un siglo atrás.

-2-

PAVEL HABÍA LOGRADO CONVENCERME -embaucarme, dirán ustedes- para viajar a su isba y permanecer allí por unos días. Al partir, nadie cruzó palabra con nosotros, pero oíamos los rumores y, tras ellos, un sentimiento de animadversión: sucias palabras como “maldición” o “muerte” o “numinoso” salían escupidas hacia el gélido aire, en forma de vaho, antes de ser sepultadas bajo el blanco castigo del invierno circumpolar.

El primer día de estancia en la isba de Pavel constituyó para mí toda una experiencia. La casa, destartalada por el paso implacable de los años, tornóse en lugar acogedor en cuanto encendimos el fuego de la chimenea. Lo único destacable en la construcción era la enorme biblioteca, que ocupaba toda una pared, y hacia la cual me abalancé tan pronto como me hube instalado en la casa. Ojeé los lomos de los libros en busca de títulos míticos, y no quedé defraudado: una edición príncipe del *Somnium* de Kepler; unos trabajos nigrománticos de Paracelso; un tratado sobre el Averno, obra de un monje proscrito del monte Athos; un extenso tomo consagrado a las leyendas prohibidas de los pueblos eslavos; y, por encima de todo aquello, el maligno libro de Abdul Alhazred, cuya perversidad se palpaba en aquellas páginas desgastadas por el paso del tiempo, manipuladas quién sabe por qué manos blasfemas y depravadas, ansiosas por conocer el Mal

de los Males, la génesis de los Antiguos y su posterior entierro de millones de años, aguardando el momento propicio en que el Guardián, El Que Acecha, considere llegada la hora, su hora.

Preparamos el samovar y bebimos el té en silencio. Pavel hojeaba uno de sus libros favoritos, un apócrifo atribuido a Pedro el Grande que llevaba por título *Cristianos y campesinos*. En él se criticaba duramente la vieja organización de la Iglesia, conchabada con el “infame campesino ignorante y supersticioso” y se citaba como paradigma de los “absurdos rumores, propios de matronas correveidiles que buscan asustar a los niños” acerca de lugares tenidos por demoníacos desde tiempos ancestrales. El supuesto zar mencionaba un antiguo santuario ubicado en las cercanías de Arjangelsk, desde el cual los incubos y súcubos enviados por Lucifer y por otra presencia innombrable que hasta el mismo Satán respeta, un horror cuyo solo nombre me resisto a nombrar -por las náuseas que me produce-, invadirían el mundo de los mortales. En una verdadera avalancha apocalíptica lo arrasaría todo, desde las remotas zonas polares de inconcebible antigüedad hasta las desérticas y soleadas montañas que vieron nacer a otro “idolillo de carne y hueso, modelado por la secular superstición de nuestros vecinos del sur, los infieles musulmanes que no creen en Cristo”. Confieso que la clara referencia al árabe loco autor del *Necronomicón* me estremeció hasta el punto de la casi pérdida del conocimiento. Pavel trazó una horripilante mueca que se pretendía sonrisa, una grosera caricatura de gesto humano. En aquel instante se cernió sobre mí una irracional sensación

de peligro, de bestia acosada, que aumentó al darme cuenta de un detalle espeluznante. Pavel miraba fijamente a una parte del edificio que hasta entonces me había pasado inadvertida: una pequeña escalera que descendía tres o cuatro escalones antes de ser engullida por la inquietante oscuridad de aquel milenar templo del Mal.

-3-

IGNORO SI LA IMPRUDENCIA fue la causa que me llevó a obrar como obré. Sólo recuerdo que el grito admonitorio de Pavel llegó a tiempo de evitar que me sumergiera en la oscuridad, que cayera rodando escaleras abajo, hacia donde ningún mortal puede llegar sin ser destruido. Pavel estalló en un violento discurso sobre secretos demasiado dolorosos para sobrevivir a su simple escucha sin sentir amenazada la cordura. No pude evitar un estremecimiento al oírle expulsar fuera de sí tan indignas palabras.

Pavel parecía enajenado, preso de una ira inhumana. Enarboló el libro con furiosa vehemencia y pronunció el discurso más largo que jamás mortal alguno le oyera. Durante todo ese tiempo, un lapso incuantificable, hube de combatir con todas mis fuerzas para no enloquecer ante la riada de revelaciones que brotaba de sus labios. En efecto, la vieja isba de sus familiares emplazábase sobre una antigua construcción de madera tallada con blasfemas representaciones de seres de indescriptible maldad, cuya sola visión bastaría para enloquecer al más cuerdo de entre los cuerdos. Allí moraba desde tiempos inmemoriales un ser maléfico encargado de vigilar el templete -perdonen que utilice esa palabra: ¿cómo he sido capaz de prostituir de tal modo una

expresión que posee connotaciones religiosas?- e impedir que criatura viviente alguna accediese a las profundidades en las cuales moraban los Antiguos, los seres que acechaban en aquel remoto paraje desde antes de que la Humanidad existiese, y que habrían de vivir hasta después de su extinción. Pavel afirmaba que aquellos seres verían pronto la luz del sol, por vez primera en millones de años, y entonces nada podría evitar la catástrofe. No me fue necesario preguntarle el porqué de su seguridad: una retahíla de explicaciones brotó de su odiosa boca. Hablaba con la pasmosa e inverosímil seguridad de quien sabe que ha perdido la razón, pero es al mismo tiempo consciente de la veracidad de sus planteamientos.

Pero no fue eso lo que más me horrorizó. El terror irracional sobrevino cuando Pavel me mostró una tablilla de un material negro y opaco, perfectamente pulimentado, tal vez obsidiana, tal vez alguna extraña variedad de ámbar. Surcaban su superficie unos odiosos símbolos escritos (es un decir) con un cuidado y lógica absolutamente inexplicables para un humano. Me negué a inquirir acerca de su significado. Pavel proseguía su interminable parlamento, la mirada fija en la pequeña escalera.

-4-

YO CREÍA QUE NADA PODRÍA ATERRARME MÁS que aquellas palabras, que aquella tablilla. Aquellos hechos no fueron más que inocentes sustos, comparados con lo que vino a continuación. He de confesarles que ignoro qué fuerza me ha mantenido lúcido, cómo es que no he perdido la noción de realidad. Es posible que yo esté

loco, ustedes lo juzgarán; pero el cómo puedo estar aquí, refiriéndoles esta historia con relativa coherencia... eso es algo que no comprendo.

Debo estar loco. ¿Cómo, si no, hubiera franqueado el umbral de la pequeña puerta y me hubiera adentrado en lo desconocido, con la única compañía de un ser hacia el cual sentía ya un terror cerval? Pavel deseaba a toda costa acceder a la guarida del Guardián, la antesala de la cripta de toda la especie humana. “Pavel Ilich, le pregunté, ¿qué hacemos aquí?” No obtuve respuesta.

No sacaré a colación el tópico, tan al uso, de que según descendía las escaleras me sentía como si me encaminara al Infierno. En absoluto. Era peor que eso. Uno sabe lo que le espera en el Infierno, pero ¿qué ocurriría aquí, bajo unas escaleras de las que sólo puedo afirmar que es imposible que hayan sido concebidas o construidas por mentes o manos humanas? Tan sólo sabía lo siguiente: allí debajo nos aguardaba un ser de edad inconcebible, para quien apenas éramos sino gusanos que venían a ensuciar su habitáculo. Todo cuanto yo sabía acerca de los Antiguos y los Dioses Arquetípicos, y el combate entre éstos y aquellos, conducidos por Azathoth, y del letargo del Gran Cthulhu en la ciudad sumergida de R'lyeh... todo cayó en el olvido, y a partir del instante en que comenzó mi descenso por las escaleras, sólo lo siguiente pude recordar: el Miedo.

Así pues, arrastrado por la insensatez de mi amigo, emprendí la más estremecedora aventura que ser vivo alguno pueda contar, si bien he de precisar que guardo de ella un borroso recuerdo, tal era mi pavor. Aún creo oír las arrogantes palabras de Pavel

acerca de la insignificancia de la especie humana y de la necesidad de comunicarle al Guardián, al Que Acecha en la Escalera, del poco provecho que para los Antiguos supondría robarle el mundo a tan insignificante raza. La Humanidad no merecía ser aniquilada por tan importantes criaturas. Estaba dispuesto a pedirles que aguardaran aún más, hasta nuestra extinción. Para ellos, apenas un suspiro; miles de generaciones, para nosotros. Tal es su grandeza.

Ése no era el Pavel a quien yo conocía. Tras su figura, su siempre inexpresivo rostro, su monótona voz, se ocultaba algo que me niego a calificar como humano, algo preñado de una llamarada de odio y asco, de piedad y desprecio, algo que sólo podía haberle causado la lectura del nauseabundo *Necronomicón*, un rostro que reflejaba infinita cordura disfrazada de locura -¿acaso existe alguna diferencia entre ambos extremos?-, un gesto autosuficiente, un conocimiento sobrehumano. Bajando las interminables escaleras comprendí que Pavel había trascendido a la especie humana, se había separado de ella al comprender con claridad la escasa importancia que tenemos para los Antiguos. No se trataba de redimir a la humanidad, ni de arrastrarla hacia la perdición. Simplemente, de negar su existencia ante unos ominosos dioses a quienes no se debía importunar con trivialidades.

Me permití la licencia de preguntarle que, puesto que la Humanidad es tan insignificante, por qué habrían de prestarle atención, y él me relató el caso de Randolph Carter. Nada pude objetar: Pavel se creía un ser especial, un superhombre por encima del bien y del mal. Acaso lo fuera.

-5-

DESPUÉS DE MI EXPERIENCIA en las escaleras, en medio de aquella impenetrable oscuridad, no puedo por menos que admirar a los invidentes. En cierto modo, es como si yo hubiera perdido la vista durante ese interminable descenso, para ir recobrándola gradualmente, a medida que nos acercábamos a nuestro objetivo -al objetivo de Pavel, quiero decir. Supongo la existencia de algún tipo de iluminación, o acaso la capacidad de adaptación del ojo humano a la oscuridad sea prodigiosa o, en definitiva, es probable que la tea por mí blandida arrojase más luz de la que yo suponía. Sea como fuere, la ausencia de luz dejó de ser un problema; antes bien, tornóse en ventaja, pues alejaba de mi vista los groseros relieves y estelas que decoraban el siniestro pasillo de acceso a aquel mundo de perversidad, bajo el último escalón.

No menos inquietante resultaba la ausencia de sonidos. Efectuamos nuestra descabellada procesión sin mediar palabra, bien por temor a ser oídos, bien por temor a oírnos a nosotros mismos. El silencio de la caverna, roto de vez en cuando por un mal paso o el estremecedor quejido de algún escalón, me causaba un desasosiego indescriptible, una turbación cuya naturaleza no puedo explicar. Lo único que puedo decir es que prefiero la muerte antes que repetir esa sensación.

Y llegó el momento en que ya no había más escalones que descender. La aventura, si es que puede llamarse así, comenzaba ahora. Pavel volvió su rostro hacia mí, envuelto en una aureola de majestad por el siniestro reflejo de la antorcha. Era un rostro cambiante, un inmenso vacío en sus globos

oculares, una grotesca sombra que partía de su nariz, un mentón iluminado por millones de años de espera de una raza durmiente, una sombra que se hacía y deshacía al compás del fuego. De su bolsillo extrajo una pistola, y me expuso un plan descabellado, producto de una mente enferma, encaminado a advertir a los Antiguos de su poco provechosa intención. Aclaró que empuñaba la pistola no tanto para defenderse -¡fútil pretensión! ¡risible cándida idea!- como para avisarme de sus progresos. Efectuaría seis disparos, los cinco primeros antes de alcanzar la guarida de El Que Acecha en la Escalera (pronunció su nombre auténtico, pero no me atrevo a reproducirlo: aún me supuran los oídos ante el recuerdo de tan maligna combinación de fonemas) y el último de ellos para hacerme saber del éxito de su empeño. Me recomendó encarecidamente que, a cada detonación que oyera, ascendiese al menos un tramo de escaleras, pues, si él no cumplía su objetivo, al menos debía quedar yo con vida para advertir a la Humanidad del peligro que sobre ella se cierne. Insistió en que yo me llevara la antorcha de vuelta, pues a él no le iba a ser necesaria. Le supliqué me permitiese acompañarle, mas él se negó: era un camino sin retorno, en el cual sólo cabían la locura o la muerte, y él no me deseaba ninguna de las dos. No insistí ante sus deseos, pues ya no me cabía la menor duda acerca de su mesianismo, de su propósito de inmolarse para salvar al mundo de algo inevitable. Un camino sin retorno que sólo conduce a la locura o a la muerte, reflexioné. Él ya estaba loco.

Oír el primer disparo y salir corriendo fueron todo uno. El ascenso resultó un calvario, con

la inquietante seguridad de que, cuanto más corriese, menos me alejaría del auténtico peligro. No puedo referir los horrores que contemplé bajo mis pies, la verdadera naturaleza de los escalones que tan seguros me parecieran al descenderlos. Quería salir de allí cuanto antes, y la segunda detonación no hizo sino enervarme aún más. Si el descenso se me había hecho largo, el ascenso hacia la libertad no lo fue menos. El tercer disparo me sorprendió de tal manera que perdí pie y caí rodando hasta el punto de partida. El contacto viscoso de los escalones, la premura con que parecían querer rodearme, los blasfemos relieves que flanqueaban la escalera no hicieron sino insuflarme fuerzas para recuperar el tiempo perdido. La vieja arma que el padre de Pavel empleara para sus carnicerías se dejó oír por cuarta vez. En mi loca subida no reparaba en nada que no fuera el minúsculo punto de luz que, por encima de mí, señalaba el camino de la seguridad, de mi mundo invernal y helado pero no por ello menos hermoso.

Hasta mí llegó un grito de admiración:

-¡Vania! ¡Vania, tendrías que ver esto! ¡Es lo más...!

No alcancé a escuchar el final de su disertación, ni quise preguntarle qué estaba viendo ni, lo más importante, CÓMO podía verlo.

Sonó el quinto disparo.

El tiempo transcurría a la espera del sexto disparo, una detonación que significaría un respiro para el mundo, la seguridad de que los Antiguos no nos consideran dignos de ser destruidos por ellos, que moran en las entrañas de este planeta desde la noche de los tiempos.

-6-

JURO QUE TODO ES CIERTO, que todo cuanto les estoy relatando es tan real como mi vida. Tómenme por loco si quieren. Enciérrenme. Reclúyanme, como hacen con quienes exteriorizan opiniones que ustedes no quieren oír. Fusílenme, incluso. Se lo agradecería. Cualquier cosa antes que ver aquello que nadie puede ver sin ser aniquilado. Por eso les pido que tapen la boca de ese monstruo que se cierne amenazante sobre nosotros. Se lo imploro por el bien de la Humanidad, si es que esta súplica les dice algo.

-7-

PERMANECÍ HORAS, días, semanas aguardando un eco, un retumbar, una señal, un disparo.

Pero el sexto disparo aún no ha sonado.

LA PROFECIA DE CE ACATL

Por Manuel Díez Román

Nada. Silencio. Sueño. Un atisbo de entidad.
Una presencia. Una mente que intenta comunicarse.
Otra que ansía recibir. Contacto.

<Han llegado/llegan informes/órdenes de Chicomóztoc> *silencio* <Ordenan/imponen que sea eliminado todo recuerdo/culto de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl inmediatamente> <Impide/ limita la implantación de nuestra estrategia/futuro> *breve reflexión* <Máxima prioridad :: Tezcatlipoca>

Intensa reflexión. Decisión. Adhesión.

<<Mucho tiempo/siempre esperando el paso definitivo :: Mictlantechtli>> <<El traidor está/seguirá confinado en Tlahuizcalpantecuhctli>> <<Hora es de acabar con tristes ofrendas de mariposas y serpientes y otros seres inferiores>> *alegría* <<Sólo la flor de vida revivirá nuestra existencia/presencia aquí/tercer planeta>>

Sumisión. Fervor.

<Informo/informaré a Agentes de Contacto para proceso/desarrollo> <Huitzilopochtli se alegrará/resplandecerá>

Firmeza.

<<Aquel que se oponga a nuestros designios/planes será barrido>> <<Aquí/tercer planeta estableceremos las bases de nuestro futuro/destino>>

En aquella calurosa mañana de verano, los chicos se encaminaban hacia la escuela del clan. Todos vestían un maxtlatl, ceñido a la cintura, y una capa de algodón, con dibujos de animales o plantas,

atada al hombro. Ya habían acabado las prácticas con el arco, la jabalina y el atlatl, y el pequeño Milíhuoc agradecía la oportunidad de sentarse durante un rato. Además, le gustaban las leyendas de los antiguos.

El profesor, uno de los ancianos del clan, sentado en un petate, pasaba las hojas de grueso papel de amatl. Era uno de los pocos capaces de descifrar los dibujos parlantes, y por tanto conocedor de muchas de las historias del antiguo pueblo. Nadie conocía exactamente su antigüedad, ni cómo había arribado hasta estas tierras. Pero, a pesar de todas las dificultades, había llegado. Hoy explicaría uno de los episodios de los antepasados a los retoños del pueblo.

Con un dedo ganchudo acarició los símbolos, con voz quebrada por los años comenzó a desgranar su relato:

-En el pasado hubo una mujer llamada Coatlicue, que vivía y trabajaba en un templo que coronaba el cerro de Coatepec, camino de Tula. Un día, mientras barría, advirtió como del cielo caía un hermoso plumón y lo guardó entre sus ropas. Al finalizar su tarea buscó tan bello plumón sin encontrarlo. Sorprendida, comprobó que había quedado encinta, a pesar de su prolongada viudez.

"Al enterarse del suceso Coyolxauhqui, la luna, su hija predilecta, montó en cólera. Parlamentó con sus hermanos, los Centzon Huitznáhuac, las estrellas, convenciéndoles para matar a su madre y así lavar su deshonra. Coatlicue lloró lágrimas de rubí y amatista, esperando en el templo la llegada de sus

despechados hijos, portadores de la muerte. Pero uno de ellos, Cuahuitlicac, arrepentido, fue a verla a escondidas para prevenirla de los perversos planes de su prole.

"Así precavido, Huitzilopochtli, concebido milagrosamente y todavía en el vientre de Coatlicue, esperó la llegada del grupo al templo. En cuanto hicieron su entrada, Huitzilopochtli nació, vistió atavíos de guerrero y armado con una serpiente de fuego cortó la cabeza a su hermana luna, que rodó por las laderas del cerro, quedando su cuerpo desmembrado. Sin dar tregua, persiguió a sus hermanos hasta acabar con ellos y ponerse sus insignias de guerra. De esa forma salvo a su madre, la Madre Tierra, naciendo el Sol y deviniendo el dios de la guerra, nuestra divinidad protectora".

Llegado a ese punto el tlaminime cerró el libro. Distinguió en la entrada la espigada figura de Topámoc, uno de los guacuilli del calpulli. Era joven y no había conocido la destrucción masiva de los códices que conservaban el pensamiento pacifista de Quetzalcóatl, ordenada por el tatloani Itzcóatl, partidario de la visión misticoguerrera y apoyada por su sucesor y sobrino Ilhuicamina. Vigilaba que se impartiera la nueva doctrina imperante. Molesto por su intromisión quiso demostrarle que a los muchachos se les instruía adecuadamente.

-¿Quiénes somos?

-¡El Pueblo del Sol! -respondieron al unísono los chicos.

-Los elegidos para que el Sol sobreviva -remató el anciano, que observó la sonrisa de satisfacción del sacerdote- ¿Qué debemos ofrecerle para que cada día la tierra madre lo alumbre y salga

del inframundo?

-¡La flor de vida! -bramaron de nuevo pues, como Milihuoc, anhelaban ser de mayores valientes caballeros-jaguar o caballeros-águila.

Topámoc caminaba por la gran calzada, camino del Teocalli, donde reportaría a sus superiores acerca de los acontecimientos acaecidos en su zona de influencia. Los grandes sacerdotes requerían con mayor frecuencia información, incrementándose el contacto con los dioses. Eliminó cualquier pregunta de su mente que se alejara de la ortodoxia; esperaba la llegada del día que sus servicios merecieran la recompensa de servir en la casa del gran dios.

Faltaba poco para que madurara el centli, los campos mostraban victoriosos la abundante cosecha, y dentro de escasas fechas comenzarían los festivales en honor a Tláloc, el de colmillos de serpiente y lengua de víbora. Contempló como un grupo de agricultores entonaba lánguidas plegarias a una figurilla de barro que representaba a Xilonen, diosa del maíz. Esta, reproducida con las piernas hacia atrás y las manos entrelazadas en su regazo, parecía una bondadosa madre en contraposición al agresivo dios de la lluvia.

Aceleró su paso, casi tropezando en el ligero desnivel que producía el puentecillo de madera movable, nexo de unión de la calzada atravesada por los canales. Tras informar, comenzaría su turno de observación de los astros. En breve se iniciaría la época de sacrificios y era imperativo determinar con exactitud cuándo y cuáles deberían ser los dioses invocados. Tarea fundamental para conseguir que las ofrendas llegaran al dios adecuado o todo sería en vano.

Era tiempo de la fiesta de Ochpaniztli, eran los días de Toci, la madre de todos los dioses. Los sacerdotes utilizaban su magia para evitar que las lluvias perdieran la cosecha. Las familias acudían a la gran plaza al apagarse el sol, para ver las danzas y participar en ellas. Durante varias jornadas miles de pies atronarían el piso de la plaza, sin cánticos, mudos los tambores, sólo guiados por los grandes sacerdotes. Milíhuoc bailaba cogido de la mano de sus hermanas.

Con expectación llegó el primer sacrificio, pues quien ofrecía libremente su vida era una de los suyos, intentando conseguir así la compasión de los dioses. Ataviada como la diosa Teteo y adornada con oro, subió los escalones de la pirámide hasta llegar a los templos gemelos. Acostada sobre la fría piedra, el Gran Sacerdote levantó el cuchillo ceremonial de obsidiana. Con un golpe certero le abrió el pecho y extrajo su corazón, que mostró al sol. Un murmullo se alzó en la multitud, y algunos lloraron. Topámoc tomó, con respeto, su cabeza. Su cráneo adornaría, en lugar de honor, el pedestal donde reposaban los que tuvieron honrosos sacrificios.

La tristeza moría con el comienzo de las danzas de los caballeros-jaguar y los caballeros-águila. Los primeros eran considerados los mejores guerreros; vestían pieles de jaguar y portaban máscaras de madera con la imagen del animal y las fauces abiertas. Los segundos iban detrás de ellos: con vestidos con plumas de águila y caras cubiertas con máscaras con el pico del pájaro, saltando como si quisieran volar. Ellos glorificaban la guerra.

Llegaron a una pequeña plaza, en cuyo centro aguardaba un jefe guerrero, con el pie atado a una estaca clavada en tierra. Así una espada de madera y

un escudo. Era nativo de Tlaxcala, invadida por ellos. Frente a él se situó un caballero-jaguar, empuñando el temible macuahuitl, con sus navajones de obsidiana. Un combate simulado donde el cautivo también moriría por los dioses. Antes de luchar, tristemente recitó una poesía de su tierra, que apenas escuchó nadie.

¿Son acaso verdaderos los hombres?

¿Será mañana todavía verdadero nuestro canto?

Sabemos que son verdaderos

los corazones de nuestros amigos.

Y así fueron apaciguándose los dioses, tan volubles como los hombres, alimentados con lo más precioso que estos tienen: el corazón. La sangre significaba poder, poseía magia, era la flor de vida, pues quien la tenía vivía. Por tanto, siguieron ofreciéndosela a los dioses, esperando que les permitieran seguir viviendo. Todo concluyó con el último sacrificio, honrando a Tezcatlipoca, el de terrible rostro y garras de jaguar. El homenaje a los dioses les permitió conservar la cosecha e iniciar una nueva fase para su pueblo.

Vacío. Introspección. Paz. Desajuste infinitesimal. Discontinuum. Dos mentes. Dos entes. Necesidad de fusión. Contacto.

<<Intuyo/compruebo incorrección>> <<El proceso ha seguido/sigue/seguirá su curso invariable/infinito>> *reflexión* <<Incorrección subsiste>> *mandato* <<Transmitir/comunicar>>

Inquietud. Desconcierto. Tensión. Desequilibrio.

<Confirmación de señales/símbolos en

tránsito> <Dirección/objetivo = sector = aquí/tercer planeta> *prolongado silencio*

Interés. Curiosidad. Expectación.

<<Contacto estimado>> <<Punto de partida/origen>>

Impaciencia. Urgencia.

<... K,atunes +/- - Tunes> <Próxima/inmediata confirmación>

<Origen/foco = Tlillán-Tlapallán>

Decisión.

<<Intensificar el esquema principal>>

<<Iniciar establecimiento centro emisor/gran estación en superficie>> *silencio* <<Incrementar flores>>

Milíhuoc, con su mujer e hijos, caminaba al despuntar el alba por la amplia calzada de Iztapalapa hacia la capital, ya que se celebraba el mercado mayor. El tianguis atraía a gente de muchos pueblos, distinguiéndose unos de otros por sus diferentes túnicas y adornos. Paraban en la entrada de la ciudad, pagaban a los guerreros el tributo por usar el camino, y retomaban la marcha con rapidez para conseguir un buen sitio que permitiera el mejor intercambio de sus productos.

Todo guardaba un lugar determinado en el mercado, así que cada miembro de la familia de Milíhuoc partió a sus puestos. Su mujer al espacio del maíz y los frijoles. Su hija en la herbolaria. Los dos chicos con las palomas y los patos. El fue a dar una vuelta en busca de un esclavo robusto que le ayudase en el cultivo de sus parcelas. Comenzó el regateo.

Con el sol en lo alto, llegaron los pochtecas, con sus bastones curvados, procedentes de las Tierras Cálidas tras una larga ausencia. Precedidos por el

silbido de las conchas marinas hicieron su entrada, y dada la expectación de la gente los jueces del mercado debieron abrirles paso. Los tamemes descargaron sus pesados fardos y los mercaderes comenzaron a distribuir su esperada carga: cacao, pieles de jaguar, tintes para el algodón, esmeraldas, jade, ámbar, plumas de quetzal.

Cuando Milíhuoc y los suyos volvieron a casa al anochecer, después de canjear sus productos, lo hicieron con el esclavo, tintes para las nuevas túnicas de la familia, y una respetable cantidad de cacao en sus petates.

El imperio se consolidaba con Axayacatl.

Tras estudiar las señales de los dioses, los sacerdotes reconocieron la necesidad de magnificar el mayor y más hermoso templo para glorificar adecuadamente a Tláloc y Huitzilopochtli, los númenes del Pueblo del Sol.

Entonces el tatloani Ahuiotl, apoyado por el Consejo de los Cuatro, decidió que cuando los calpixqui partieran para recoger el tributo de los 371 pueblos subsidiarios, se les enviarían los suficientes macehualtin para completar las obras. Librándoles de un gravoso tributo en especie no se revoltarían porque sus hombres tuvieran que descuidar los campos. Si lo intentaban los aplastarían los caballeros-jaguar.

La obra se alzaba imponente hacia el cielo. Al aproximarse el fin de la misma los sacerdotes hicieron sonar las caracolas de la guerra. Los hombres abandonaron sus tierras, acudiendo prestamente al tecpán. En el lugar de reunión de clan les esperaba Topámoc, arrugada su piel tostada por el tiempo y con cansados ojos, que no reconoció entre el grupo a algu-

nos de los que había instruido siendo niños. Una vez llegaron los últimos, habló con voz firme.

-Bien conocéis las palabras de nuestros antepasados, obligados a guerrear y dejando a las mujeres encargadas del maíz:

Tu verdadero lugar es el campo de batalla, tu oficio es dar de beber al sol con la sangre de tu enemigo y dar de comer a la tierra con el cuerpo de tu enemigo.

Un murmullo de asentimiento recorrió el numeroso grupo.

-Las águilas vuelan hacia el este del lago Xochimilco, camino de Huexotzinco. Tomad las armas y el chimalli, vestid el ichcahuipilli. Es momento de marchar a esas tierras y recoger flores que honren a los dioses.

Los ancianos del clan comenzaron la distribución de armas y organizaron los escuadrones, pues el calpulli debía reunir hombres suficientes para constituir un xiquipilli. Muchos macehualtin se alistaron entusiasmados ante la posibilidad de conseguir algo de botín que mejorase su pobre condición. Milíhuoc no compartía su alegría. Todavía le dolía su exclusión de joven del Telpochcalli, impidiéndole seguir la carrera militar. Sin embargo, acudiría por devoción a los dioses. Se despidió de su familia, confiando que sus vecinos les ayudarían en las labores de la tierra. Caminó tras una larga hilera de hombres para iniciar otra guerra florida. Al salir de la ciudad, algunos miraron atrás para contemplar su belleza y entonaron el cántico en su honor:

Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
el Sol es invocado.

Como un escudo que baja,
así se va poniendo el Sol,
en nuestra tierra está cayendo la noche,
la guerra merodea por todas partes,
¡oh, dador de la vida!
se acerca la guerra.
Orgullosa de sí misma
se levanta la ciudad de Tenochtitlán.
Aquí nadie teme a la muerte en la guerra.
Esta es nuestra gloria.
Este es tu mandato.
¡Oh, dador de la vida!

Las ceremonias de consagración del Templo Mayor permanecerían indelebles en la memoria de aquellos que participaron en las mismas. Si cerraba los ojos, Topámoc podía revivir los cuatro días que duraron. Hilera tras hilera de prisioneros ocupaban todas las calzadas que convergían en el Templo, esperando turno para derramar su vida por los dioses. Al final se deshizo de la túnica negra que vistió entonces: no había forma de que desapareciera el olor a sangre.

Precisamente ahora estaba en la cima de la pirámide considerada el punto de comunicación entre el plano terrestre, los nueve niveles del inframundo y los trece cielos del supramundo. Un lugar mágico.

Con un tazón de chocolate en una mano ya temblorosa, gozaba de una vista inmejorable de la ciudad. Los palacios, las casas, las milpas doradas, las verdes chinampas, un sinnúmero de canoas recorriendo el entramado de canales, las cuatro enormes calzadas. Aprovechó ese instante, ya que los empinados ciento catorce escalones suponían un obstáculo cada vez mayor para sus débiles piernas y

pronto sería incapaz de subirlos.

Reflexionó sobre los extraños acontecimientos que acaecían en las Tierras Cálidas. Los informes que traían los pochtecas de sus viajes por esa región eran alarmantes. Los sacerdotes iniciaron sus estudios de los astros, tratando de hallar sentido a los insólitos portentos que procedían del mar. Los cálculos basados en los horóscopos, calendarios y el Libro del Destino afirmaban que el ciclo Ce Acatl, cuando Quetzalcóatl prometió su regreso, estaba muy próximo.

Topámoc sintió una punzada de nostalgia al recordar como los códices que glosaban la figura de aquel dios habían sido quemados. No podía encontrar ninguna respuesta sin ellos, y los cálculos no explicaban hechos pasados. Sólo cabían conjeturas, basadas en la tradición oral.

Hijo de hombre, su bondad era tal que se le reverenció como dios. Era el genio de los vientos y el dios del conocimiento. Defendía que la naturaleza se comprendería estudiándola y no mediante sacrificios humanos a los dioses para auxiliarlos contra ella. Eso le valió la enemistad de Tezcatlipoca, Espejo Humeante, que le obligó a dejar su tierra. Acogido por otro pueblo, el dios bueno también lo abandonó, tal vez ante las amenazas de su antagonista. Sea cual fuera la causa huyó nuevamente, esta vez a las Tierras Cálidas, pero la guerra seguía sus pasos. Así, construyó una gran canoa y antes de hacerse a la mar habló: "Parto lejos, pero algún día, uno que celebre mi nacimiento, un ciclo Ce Acatl, regresaré para establecer mi antiguo reinado".

Esta era la profecía de Ce Acatl. El viejo sacerdote dudó que la viera cumplirse. Apenas

encontraba consuelo para su dolor en los remedios del ticitl y algunas noches su sueño era interrumpido por Huémac, presagiando que su vida tocaba a su fin.

¿La Serpiente Emplumada se entregó a la muerte porque no fue capaz de hacer prevalecer la paz? ¿Lloró como hombre pues nadie entendió lo estéril de los sacrificios? No existen respuestas definitivas. Pero ¿acaso son diáfanos los designios de los dioses? Normalmente son inexcusables. Y Topámoc no viviría para conocer su desenlace.

Encuentro. Antagonismo. Conflictos. Disputa. Lucha. Resistencia. Derrota. Fin. Los entes procedentes de Tlillán-Taplallán impusieron su ley. Liberaron a Quetzalcóatl del encierro en Tlahuizcalpantecuhtli. Apresaron a los entes que guardaban el tercer planeta.

>>Vuestras mentes se borrarán/recalificarán en Xibalbá<< >>Os serán imposibles nuevas infracciones a las Leyes/costumbres<< *interrogante* >>Conocíais que aquí/sistema/sector estaba/está prohibida nuestra actuación/intervención<<

Desafío. Impotencia. Tristeza. Consternación. <<Expansión necesaria/inevitable para experimentar/validar los objetivos de nuestra familia/grupo>> <<Expansión confirmada/afirmativa ahora/ya invalidada>> *duda* <<La posibilidad de conocimiento de la infracción desde Tlillán-Taplallán/lejano hogar era/es infinitesimal/despreciable :: Yum Kax>>

Confianza. Seguridad. Orgullo. >>Quetzalcóatl informó/alertó mediante haz mental de vuestros experimentos/crímenes<<

>>K,atunes recepción + k,atunes viaje = llegada + captura<< >>Era Vigilante infiltrado en tu familia/grupo :: Tecatlipoca<<

Rabia. Odio.

<<Cómo pararáis proceso/esquema en marcha desde hace muchos k,atunes>> *silencio* <<Nueva intervención = ruptura cultura /espíritu local => vuestra solución = mayores problemas/desajustes => intervención de Vigilantes = peor incorrección a la de nuestro grupo/familia>>

Resignación.

>>Probabilidades estimadas = +/- ..-<< >>La prioridad es/será suprimir/eliminar los elementos de vuestro experimento<< *afirmación* >>Emplearemos plan de emergencia de Quetzalcóatl /Kukulkán/Gucumatz/Nácxit añadiendo nueva variable distorsionadora<< >>Seréis castigados por la transgresión a actuar en sistema/sector prohibido + obligar a Vigilantes a violar la ley con objetivo/fin de corregir la incorrección<<

Como cada amanecer, los sacerdotes batieron los tambores anunciando el nacimiento de un nuevo día. Desde la infortunada muerte del anterior tatloani tras las grandes inundaciones, el imperio vivía raros sucesos. El Popocatepetl había entrado en erupción, después de un prolongado silencio. Milíhuoc había escuchado las historias de varios visitantes procedentes de Texcoco. Decían que los rayos destruyeron algunos templos. En la ciudad afirmaban haber visto cometas cruzar el cielo. Otros sostenían que la existencia de columnas de fuego en el firmamento constituía un mal presagio.

Se sentía viejo, y la muerte de su esposa le

había vuelto descreído y amargado. Mientras se dirigía al barbero meditó cómo parecía que todo lo que había conocido y respetado estuviera a punto de venirse abajo. La inestabilidad de los dioses se traspasaba a los mortales. Las caravanas de los pochtecas partían con fuerte escolta para no ser asaltadas. Muchas tribus se negaban a entregar el tributo a los calpixqui, levantándose en armas. Extraños seres barbados recorrían la costa. Las cosechas se agostaban, o las lluvias atacaban con fiereza inusitada.

Las escalinatas del Templo Mayor todavía estaban teñidas de sangre, muchos cadáveres yacían en ellas y los cráneos se acumulaban en el centro de la gran plaza, abarrotando los tzompantli. Ya no solo importaba que siguiera naciendo el sol sino que los dioses decidieran, pues los presagios señalaban que el fin del mundo se acercaba. Y el Miedo, con dientes de rata y alas de buitre, dominaba a los hombres.

Llegaron mensajeros con funestas noticias: los seres barbados habían vencido a los guerreros enviados contra ellos, como un perro se aparta a las moscas. Fue un duro golpe para un pueblo que contaba las batallas por victorias. La gente estaba inquieta, esperando las palabras de su tatloani.

Este, reunido con el Consejo de los Cuatro, analizaba los informes y escuchaba a los testigos de la terrible derrota:

-Vinieron del mar en grandes canoas con torres. Son de piel blanca, con barba, y algunos tienen el pelo dorado como el maíz y los ojos azules del mar. Usan una lanza mágica que escupe fuego, y el que es alcanzado enferma e incluso muere. Visten ropas de metal, relucientes bajo el sol, y montan animales

parecidos a nuestros venados. Ofrecimos una bandeja con corazones a su tatloani, pero se encolerizó y los rechazó, gritando en su desconocida lengua.

Hubo un murmullo entre los presentes. Este era el ciclo Ce Acatl. ¿Serían dioses y su jefe Quetzalcóatl? Los indicios lo demostraban, pero el tatloani Motecuhzoma Xocoyotzin todavía dudaba. Finalmente decidió que una embajada compuesta por varios pipiltín y grandes sacerdotes se presentase ante el jefe barbado con exquisitos presentes de oro y plata, dignos de un dios. Pensaban que eran para seres divinos.

Pero las ofrendas de oro no calmaron a los dioses blancos. Cuanto más se les daba más querían y cuando la Fiesta de la Codorniz empezaba avanzaron ansiosos hacia la gran ciudad. Antes de llegar guerrearon en la población sagrada de Cholula. Al saberse, sonaron los cuernos de la guerra en todos los templos de la capital.

Un jefe de la ciudad destruida mostró a la multitud la cabeza de un dios blanco, ensangrentada y con las cuencas de los ojos vacías, caído en la batalla.

- ¡No son dioses! ¡Pueden morir! -gritaba.-
¡Guerra! ¡Guerra!

Los caballeros-jaguar y los caballeros-águila formaron rápidamente, estremeciendo a las gentes con sus gritos. Los clanes fueron enviando sus escuadrones a la plaza principal para encontrarse frente a la piedra de Tizoc, símbolo de la victoria. Entre ellos se movía Cuauhtémoc, el jefe militar, primo del tatloani, enardeciendo la furia combativa de los más feroces guerreros que esas tierras conocieron jamás. Milíhuoc vio partir a sus hijos con el corazón orgulloso, aunque por primera vez el miedo también

anidaba en él.

Cuando se aprestaban para marchar al combate, apareció el tatloani y el Consejo de los Cuatro. Acordaron que no habría guerra, pues los blancos estaban bajo la protección de Quetzalcóatl y venían a establecer un reino de paz y armonía.

En la entrada de los hombres barbados en Tenochtitlán estuvo el pueblo al completo. Vieron como su tatloani dio la bienvenida al dios que tanto tiempo había estado fuera:

-Has venido a sentarte en un trono. Has venido entre nubes, entre nieblas. A tu tierra has llegado.

Dos ciclos después, aquella urbe, magnífica y extraordinaria, fue arrasada hasta los cimientos por los hombres blancos tras una cruenta guerra. Milíhuoc, sin lágrimas ya para llorar la muerte de sus hijos, caminaba apoyado en uno de sus nietos. Nada quedaba del esplendor de antaño, pero decidió explicar al niño la historia de su pueblo. No permitiría que la memoria de los mexicas cayera en el olvido. Empezó a hablar, y lo hizo largo y tendido, día tras día. Entre los restos de la escuela del clan, aquella que tantos recuerdos de infancia traía a su mente, glosó los hechos y hazañas de su pueblo, ahora vencido pero siempre orgulloso.

Los supervivientes se remordían por la cobardía del último tatloani, "la mujer de los blancos", como lo llamaban para escarnecerlo. Mil veces maldito su nombre, nadie lloró ni cantó cuando murió, ni le pusieron un corazón de jade en la boca, el chalchihuitl que asegurase su futuro renacimiento. Que su alma errara hasta el final de los tiempos.

Aunque nunca tuvo costumbre, Milihuoc solía embriagarse con octli. Intentaba borrar de su mente las imágenes de la muerte, cuando todo a su alrededor se empeñaba en recordárselo a cada momento.

- Y todo esto nos aconteció, nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos -murmuraba desolado-. Con esta lamentable y triste suerte nos vimos afligidos.

Los poetas callaron la pluma, y lo poco que brotaba sobre el suave amatl rezumaba infinita desazón:

Ahora que ya miras con tus ojos,
date cuenta.

Aquí, es así: no hay alegría,
no hay felicidad.

Aquí, en la tierra, es el lugar del mucho llanto,
el lugar donde se rinde el aliento
y donde bien se conoce el abatimiento y la
amargura.

Un viento de obsidiana sopla y se abate
sobre nosotros.

La tierra es lugar de alegría penosa,
de alegría que punza.

Crear en falsos dioses condujo al desastre a los mexicas. ¿Fueron decisivas las mortíferas armas del invasor blanco o los enormes animales que montaban? ¿Las enfermedades que trajeron consigo? ¿Incluso el alzamiento de pueblos antaño subsidiarios? Hasta cierto punto. Sin embargo, hay que señalar que los mexicas poseían una organización y unidad social inmejorable. Que su superioridad numérica, la adaptación a las nuevas técnicas de combate y su

conocimiento del terreno suponían una inmejorable ventaja.

Pero se derrumbaron ante el inexplicable abandono de sus dioses, aquellos que desde su nacimiento como pueblo les habían conducido. La destrucción de las imágenes de sus dioses y el derribo de los templos, símbolo de su cultura, sin que hubieran represalias por parte de aquéllos, les convenció que era una guerra sin sentido ya que el resultado final sería la destrucción del mundo. Su mundo.

Sólo permaneció impasible el
Popocatepetl, con sus eternas nieves.



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

http://www.geocities.com/qliphoth_zine

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2000 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno